

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

Florenca, Febrero de 1899.



*A Jesús L. Valenzuela, mi mejor amigo,
y mi hermano. Jesús Strueta*

Ala sebato dell' Italia

Ed. M. S.

A
 Chucho Valenzuela,
 el eximio poeta.

Preliminar
 de "Melancolias y Cóleras".

Al chorro del estanque abrí la llave;
 pero a la pena y al furor no pude
 ceñir palabra consecuente y grave.

Pretendo que la forma ceda y mude;
 y ella en mi propio gusto se precave,
 y en el encanto y en el brillo acude.

Afeites usa y enojada viene...
 ¡Sólo á esplendor y á seducir aspira,
 como en la noche y en el mar Selene!
 ¡Es coqueta en el duelo y en la ira
 del supremo rubor!... ¡No en vano tiene
 curvas y nervios de mujer la lira!

¿Qué mucho, pues? A encono y á quebranto
 dejo el primor que les prendí por fuera;
 y en la congoja y en la saña el canto
 resulte gracia irónica y artera:
 el iris en el glóbulo del llanto
 y la seda en la piel de la pantera.

Salvador Díaz Mirón

DISCURSO

DEL SR. LIC.

D. PABLO MACEDO.

Señor Presidente,
Señoras y
Señores:

Alta honra y singular distinción me otorgan los positivistas mexicanos al concederme la palabra en una solemnidad como esta, consagrada á enaltecer la memoria del sabio compatriota, del hombre eminente que en vida se llamó Gabino Barreda.

Enhorabuena que en un acto casi familiar por la circunstancia de darle ocasión el triste recuerdo de la muerte del maestro, tomen parte sus discípulos, aquellos que de sus labios recogieron directamente los raudales de ciencia que de ellos brotaban y de su frecuente trato los preciosos ejemplos de su conducta de apóstol, siempre intachable. Que ellos honren su memoria: que ellos recuerden su doctrina; y que ellos viertan sobre su sepulcro el llanto que debemos á los padres intelectuales. Pero nosotros los extraños, los que pasamos por las aulas antes de que él las ilustrara con su presencia y con su palabra derramara en ellas los tesoros de su enseñanza, ¿qué podemos venir á decir aquí, cuando apenas conocimos personalmente al hombre, cuando no hemos podido apreciar sus merecimientos, sino muchos años después de que desapareció de entre los vivos?

Y sin embargo, nosotros los extraños también tenemos algo que decir en esta solemnidad, y uniéndonos al afectuoso sentimiento de sus discípulos, quisiéramos que, para recibir nuestros homenajes, el espíritu de D. Gabino Barreda se encarnara en una forma menos fría que ese bronce, en que el escultor modeló su frente pensadora; porque á la corona de reverente y filial amor que ciñe las sienes del redentor intelectual de este país, falta todavía un lauro, que queremos traerle, y consiste en la demostración de lo que le debemos, aquellos que no recibimos en la escuela los beneficios de su sabiduría.

Para lograr este fin, habremos de hacer no pequeño sacrificio confesando paladina y honradamente la ignorancia en que fuimos educados; pero no hemos de escatimarle ese sacrificio, porque es quizá la única forma en que podemos pagar á D. Gabino Barreda algo de la inmensa deuda de gratitud que para con él tenemos, por habernos, aunque indirectamente, mostrado la luz y alumbrado con ella el camino de casi toda nuestra existencia.

Juzgo imposible que pueda atinadamente medirse la distancia que la Nación ha recorrido en el camino de su desenvolvimiento intelectual, sin presentar lo que en términos modernos se ha dado en llamar *el documento humano*, es decir, la descripción de un tipo real cuyo análisis pueda hacerse con entera libertad de expresión. Y como cada cual cree que la personalidad que mejor conoce es la suya, y, además, no es lícito poner sombras sino en la tela que nos pertenece, permitidme que me presen-

te á vosotros en calidad de ese *documento humano* que necesito exhibir como la más eficaz probanza de mi tesis, no sin dejar aquí bien acentuado todo lo que de personal tiene un acto de esta naturaleza.

Cuando se confiesa un error ó una falta, por más que no sean exclusivamente personales, la confesión sí lo es: y aunque entiendo que, si no todos, muchos de mis condiscípulos y contemporáneos, reconocerán la verdad de mis afirmaciones, no quiero, al hablar como voy á hacerlo, referirme más que á mí mismo. Los que, más afortunados que yo, hayan recibido una instrucción distinta y mejor de la que á mi se me dió en el «Colegio Nacional y más antiguo de San Ildefonso,» de esta capital; y aun los que conmigo se sentaron en los bancos de ese Colegio, que pasaba por ser el mejor de la época, no deben sentirse aludidos por mis palabras. Ellas se referirán, vuelvo á decirlo, á mi sola personalidad, indigna de ocupar, siquiera brevemente, vuestra atención, sino á título de ejemplo de lo que la instrucción pública preparatoria era allá por los años de 1862 á 1867, es decir, inmediatamente antes de que el Presidente D. Benito Juárez y su Ministro de Justicia é Instrucción pública, D. Antonio Martínez de Castro, á la restauración de la República, aceptasen, con rara clarividencia del porvenir, la inspiración profundamente científica de Barreda, y expidiesen la célebre ley de 2 de Diciembre de 1867, que estableció la «Escuela Nacional Preparatoria para todas las carreras profesionales,» é implantó la enseñanza de los conocimientos humanos en el orden jerárquico que les señalara el fundador ilustre de la filosofía positiva.

Tal vez por circunstancias de familia, mi instrucción primaria fué muy deficiente. En una pequeña propiedad rural de mi padre, muchas veces Diputado, Magistrado de la Suprema Corte y Ministro de Estado en el Gobierno del General D. Mariano Arista, y á donde, por los azares de la turbulenta política de entonces, tuvo que retirarse de 1858 á 1861, mi santa madre me enseñó á leer en el silabario de San Miguel. De mi honrado padre recibí mis lecciones de escritura y gramática castellana, y, detalle singular que nunca olvidaré, las lágrimas que el estudio de esta abstrusa y árida materia me arrancara siempre, sólo se secaban cuando me era permitido consagrarme á la aritmética y á las primeras nociones del álgebra, que fueron seguidas, en mi enseñanza doméstica, de un conocimiento inicial de la lengua clásica de Horacio y de Virgilio.

A esto se limitó mi instrucción primaria; y tengo para mí que poco más debe de haberse enseñado á los niños de mi tiempo, porque no recuerdo haberme sentido en mis ulteriores estudios, muy inferior á muchos de mis condiscípulos, y probablemente no lo era, porque casi cada año conquistaba el primer premio de mi clase.

Con este bagaje intelectual comencé en 1862 mi carrera de abogado, en el primer plantel de instrucción de esta ciudad, dirigido á la sazón por el inolvidable D. Sebastián Lerdo de Tejada.

Conforme á la ley vigente en aquellos días y que

se llamaba el «Plan de estudios de Lares,»¹ dos años enteros consagrábamos al estudio de la gramática latina, para cursar después lo que se denominaba «filosofía.» El primero de estos cursos se dedicaba á aprender un tratado en latín, de cosa de 300 páginas, cuya primera parte se ocupaba de *lógica* ó más bien, de las reglas del silogismo, la segunda de *metafísica*, subdividida en tres secciones que trataban «de la divinidad,» «de los ángeles» y del alma humana,» y la tercera de *moral*.

El segundo curso de «filosofía» se dedicaba al estudio de la aritmética, del álgebra, sin pasar de las ecuaciones de segundo grado, de la geometría plana y en el espacio y de la trigonometría rectilínea. En calidad de estudio complementario, teníamos el de un corto tratado de geografía y cronología, así como el de la lengua francesa, en lo estrictamente necesario para poder traducir el libro de texto del año siguiente, consagrado por entero á la física.

Permitaseme, á propósito de este último curso, detenerme en dos detalles de importancia.

En el Colegio de San Ildefonso, carecíamos de un gabinete propiamente dicho, en donde pudiéramos, por la experimentación, formarnos una idea clara de los fenómenos físicos; pues no merecía ese nombre, la reunión de una docena de máquinas ó aparatos, en su mayor parte incompletos y rotos. Lo que afirmaba el autor pasaba casi siempre á formar parte de nuestras convicciones, no por el testimonio de nuestros sentidos, sino bajo la autoridad del maestro y de los grabados intercalados en el texto, que nos ayudaban á entender medianamente la descripción de los fenómenos; y los estudiantes de medicina, que, al terminar el segundo curso de filosofía, se separaban de los que elegíamos la carrera forense, causaban nuestras más vivas envidias, cuando nos referían que ellos sí tenían un gabinete de física en la escuela especial en donde continuaban sus estudios.

Por otro concepto resultaba muy incompleto el estudio de la física. En razón de nuestros cortos conocimientos matemáticos, no podíamos abordar el examen de ciertos fenómenos que, como la polarización de la luz y otros muchos, requieren el auxilio del cálculo. Mis condiscípulos y yo, por singular fortuna, recibimos nuestra enseñanza en la física, de un sabio sacerdote, amante apasionado de las matemáticas, que nos inició en los ingeniosos artificios de los cálculos diferencial é integral.

Aquí terminaba la instrucción preparatoria y comenzaba la enseñanza del derecho. Como se ve, del mundo exterior y del planeta en que vivimos, poco se nos alcanzaba. Exceptuando las nociones elementales que sobre nuestro sistema planetario

¹ La ley á que aludo era la de 18 de Agosto de 1843, que en su art. 6º dice:

«La carrera del foro y la eclesiástica tendrán cinco años de estudios preparatorios y en ellos se cursará: gramática castellana, latina y francesa, matemáticas elementales, ideología, lógica y metafísica, moral, física, cronología, geometría, y cosmografía elementales, y economía política.»

En el Colegio de San Ildefonso no había cátedras de gramática castellana, ni de economía política; ni supe nunca que se hubiera estudiado allí esta última materia, como preparatoria, ni de otra manera,

contenían las primeras páginas del texto de geografía, nada sabíamos sobre la constitución del universo. La cosmografía, propiamente dicha, la geología, la química, la botánica y la zoología, pasaban por ser conocimientos inútiles, cuando no embarazosos y perjudiciales para un abogado: las lenguas modernas, la historia general y la particular de la República, la literatura, en nada y para nada entraban en los programas de aquella enseñanza oficial; y si alguno, llevado por juvenil curiosidad ú otras circunstancias accidentales, adquiría algunas nociones en estas materias, constituía, puedo asegurarle, una verdadera excepción.

Excuso decir que la biología y la sociología, era algo que nosotros ni siquiera sospechábamos que existiese en el catálogo de las ciencias. Y sin embargo, después del estudio inconexo y desordenado de lo que se llamaba «derecho natural y de gentes,» del de la legislación romana, canónica y española, hecho no con el criterio histórico, sino como si se tratara de leyes completamente en vigor, y de las reglas, por cierto muy intrincadas, que normaban los procedimientos judiciales en materia civil y penal, se consideraba á un joven bastante preparado para la lucha por la vida, se le confería el título de abogado y se le habilitaba, en nombre de la ley, para defender la hacienda, la honra y la vida de sus semejantes y para desempeñar el delicadísimo encargo de administrarles justicia.¹

No quiero quitar á mis palabras el carácter sencillo de la aseveración de un testigo que declara de ciencia cierta y personal; y así por este motivo, como por no fatigar vuestra atención, no expondré minuciosamente lo que constituía los estudios de las demás carreras profesionales; pero sí me parece indispensable recordar que en ninguno de los establecimientos en donde el Estado impartía la instrucción, se cuidaba de darle algún carácter ordenado, sistemático y general, sino que cada plantel estaba confinado dentro de los límites de su especialidad.

Cuáles serían los frutos de esta incompleta instrucción y de la manera de impartirla, fácilmente lo comprenderéis. Era el primero, que las clases sociales que por sus estudios estaban llamadas á tener, y efectivamente tenían, mayor influencia en los destinos de la Nación, fuesen en realidad muy poco ilustradas, sin comprender siquiera su propia ignorancia, sino creyéndose en posesión de la sabiduría. Es verdad que estudios especiales y más que

¹ La ley ya citada de 18 de Agosto de 1843, establecía en sus arts. 2º y 8º:

«Pertenece á la carrera del foro lo siguiente:

«Derecho natural y de gentes, derecho público y principios de legislación, elementos de derecho romano, derecho civil y criminal, derecho canónico, práctica.»

«Las carreras del foro y eclesiástica, durarán seis años y en ellos se cursarán todas las materias designadas para cada una de ellas, incluso la práctica.»

A los estudiantes de derecho que alcanzamos la reforma de esta ley, decretada en 1867, se enseñaron ya otras materias, especialmente derecho internacional, constitucional y economía política, y se nos dieron á conocer las leyes vigentes sobre muchos puntos; enseñanza esta última que antes se veía hasta con horror y que se debió en aquel tiempo, casi exclusivamente al profesor Lic. D. Blas José Gutiérrez, cuyos servicios es de estricta justicia reconocer.

todo aptitudes etnológicas y singulares, podían hacer descollar, y en realidad hacían sobresalir, á personalidades distinguidísimas: sin estas excepciones, no habríamos podido tener sabios como Velázquez de León, Miguel Jiménez, Leopoldo Río de la Loza é Ignacio Ramírez: jurisconsultos como Peña y Peña, Couto, Atristain y Martínez de Castro; ni estadistas á la altura de Juárez, Ocampo, los dos Lerdo de Tejada y otros cuyos nombres acuden, sin duda, á vuestra memoria; pero ellos, como ya lo he dicho, constituían la excepción, y precisamente la distancia enorme que los separó de la generalidad de sus contemporáneos, nos permite apreciar cuán insondable era el abismo de falta de ilustración, por no decir de profunda ignorancia, en que estuvo sumergido por tantos años el espíritu mexicano.

Pero otro fruto más amargo se recogía de esta manera de educar á la juventud: la anarquía. ¿Qué había, qué podía haber de común entre un abogado, cuya mente se alimentaba sólo de conceptos metafísicos, tan incoherentes, como incompletos, y el médico, que poco ó mucho, pero que al fin algo tomaba de los métodos positivos empleados para razonar en el terreno de las ciencias naturales? ¿Y qué entre el abogado, el médico y el ingeniero, á cuyo espíritu casi no se abrían otros horizontes que los del mundo de las matemáticas? ¡Nada, absolutamente nada! Con razón D. Gabino Barreda decía: «la anarquía bajo todas sus formas, la anarquía intelectual, política y moral: la anarquía personal, doméstica y civil; ese es el único monarca que queremos destronar, la única bandera que queremos abatir.»

Y con efecto, la abatió, fundando la «Escuela Preparatoria para todas las carreras profesionales,» en donde se recibe la enseñanza de las ciencias, no aisladas, sino unidas por ese admirable lazo que se llama el método positivo, honra, por cierto, no de un hombre, ni de una nación, ni de una época, sino de la humanidad entera, que tras una evolución muchas veces secular, ha llegado á descubrir al fin la senda segura y sin tropiezo que lleva á la verdad que ella puede adquirir y poseer.

En la base, la matemática; después la cosmografía, la física, la química, la botánica, la zoología y la lógica; todo acompañado de conocimientos más ó menos extensos, pero siempre preciosos de la geografía, la historia general y particular de México, la literatura, las lenguas modernas y sus predecesoras inmediatas, la griega y la latina; y más que todo, la instrucción recibida en una misma Escuela é impartida por los mismos profesores, pronto comenzaron á formar una nueva generación escolar, mucho mejor armada para el combate que las que le habían precedido en las aulas.

No sé lo que mis compañeros experimentarían en sus primeras lides, determinadas por sus primeros contactos con aquellos jóvenes discípulos de la nueva escuela. Yo, por lo que á mí toca, sé decir con entera ingenuidad, que mi primera impresión fué de un desconcierto completo. Al ver desde la tribuna del profesor, que indignamente ocupé á poco de haber recibido mi título de abogado, que el espíritu juvenil de mis discípulos resistía aceptar las concepciones metafísicas que eran para mí verda-

des tangibles, y que, por procedimientos que desconocía, llegaban, unas veces á las mismas conclusiones que yo, pero más fácilmente, y otras á las diametralmente opuestas, pero más cercanas á la verdad que las mías, debo confesar que me sentía inquieto y sorprendido. Aquellos jóvenes, cuyos razonamientos no podía destruir y muchas veces ni combatir con apariencias lógicas; que no entendían mis conceptos, informados en la ontología y la metafísica, hubieron de enseñarme—lo diré de una vez—que yo no sabía nada, que estaba absolutamente inerme ante ellos y que si con frecuencia no les comprendía, era porque me hablaban el lenguaje de la ciencia, que yo desconocía radicalmente.

Y entonces, en medio de las premiosas necesidades de la vida práctica, entre las angustias de la lucha forense y parlamentaria, fué preciso volver á estudiar, fué indispensable volver á tomar los libros, no ya con el cándido espíritu de la primera juventud, abierto á toda luz, de donde quiera que venga, sino bajo la influencia de las preocupaciones y de los prejuicios, compañeros inseparables de los falsos sistemas, tropezando á cada paso con las deficiencias de una instrucción incompletísima y teniendo mil y mil veces que retroceder mucho, para adquirir la noción psicológica, biológica ó química imprescindible para ver de plantear bien y tratar de resolver con mediano acierto, un intrincado problema moral ó social que las necesidades de la vida nos obligaban á mirar de frente.

¿Cómo? ¿Todo lo que durante tantos años habíamos creído verdad, resultaba mentira? ¿Todo aquello que reputábamos ciencia, resultaba un tejido de errores tradicionales y se convertía en humo y palabrería sin sentido real? ¿Aquellos tesoros, adquiridos á costa de afanes y desvelos, se trocaban en piedras brillantes y deslumbradoras, pero falsas?

Algunos, acaso muchos de vosotros, habréis pasado por un estado de ánimo semejante y comprenderéis que me mantengo estrictamente en los límites de la verdad, al afirmar que el mundo nos parece vacío, que á nuestro cielo le falta el sol, y que nuestros altares se quedan sin Dios.

Vosotros, jóvenes nutridos á tiempo con lo que el maestro llamó con tanta razón «el manjar saludable y succulento de la ciencia,» vosotros no podéis comprender las angustias que, en un espíritu naturalmente orientado hacia la rectitud y la sinceridad, produce la formidable brega para ponerse en paz consigo mismo.

Pero ese estado de conciencia es, por fortuna, transitorio. La nueva creencia, envuelta al principio en las formas nebulosas de la duda y del negativismo, se va haciendo cada vez más concreta y definida: poco á poco, el hilo sutil que nos guiaba en la obscuridad, y que creíamos que al menor esfuerzo iba á romperse, dejándonos perdidos en la irremediable sombra, va adquiriendo consistencia, hasta convertirse en apoyo que ya nunca nos falta, por áspero y abrupto que sea el sendero: la noche va huyendo, y, aunque muy lentamente, la sucede la luz, que no sólo vuelve á iluminar para nosotros la tierra y el cielo, sino que nos descubre que la ciencia es poesía, y consuelo, y amor, y que en ella se asienta inquebrantable un mundo moral, donde

hay un altar, ante el que, poseídos de nobles y santos sentimientos hacia los hombres que nos precedieron y aquellos que nos sucederán, podemos arrodillarnos, sin rubor y sin odios, para tributar nuestros homenajes al deber y al bien.

Esto es lo que los hombres de mi tiempo, cercanos ya á las lindes de la vejez, pero siempre deseosos de aprender, debemos al Dr. D. Gabino Barrera. —¿Cómo no estarle agradecidos? Sin él, probablemente habríamos pertenecido á esa clase de epilépticos sociales que se agitan sin cesar en las convulsiones de su vanidad y de su ignorancia, y que acaban por ser víctimas de la hidrofobia moral que determina la impotencia ambiciosa, y por comunicar á los otros el virus de su envilecimiento y de su degradación.—Bendito tú, Señor, que nos salvaste; bendito tú que á tantos redimiste del funesto cautiverio de las pasiones y que les enseñaste con tus escritos y con tu ejemplo, que la rebelión contra las leyes sociológicas es estéril y baldía, y que en ciertos periodos históricos, instantes fugitivos en la vida de una nación, apenas apreciables en el conjunto de la tranquila evolución humana, el deber consiste en resignarse de corazón á desempeñar, en el mutismo y el silencio, el humilde papel de piedras ignoradas, y hasta invisibles, para formar en la obscuridad el cimiento del gallardo edificio social que albergará á los futuros mexicanos. Ellos serán, tal vez, más felices que nosotros, los hombres de esta generación: ellos contribuirán, seguramente, al esplendor de la patria; pero, con evidencia, no habrán de sembrar el sacrificio voluntario de su propia personalidad, para que sus hijos recojan la espléndida cosecha de la libertad política, que nosotros no tenemos, del bienestar económico de que nosotros carecemos, del reinado de la justicia que nosotros no alcanzamos, y de la seguridad de constituir una nacionalidad fuerte, respetable y respetada.

Ya muchas veces se ha insinuado con prudente discreción, la parte importantísima que incumbe á la educación positiva en la obra de paz y de concordia que, hoy por hoy, absorbe por entero las energías nacionales. Ahora quiero, para concluir el elogio del ilustre pensador cuyo recuerdo nos congrega, señalar abiertamente á vuestra atención, el contingente que puso con sus doctrinas á esta era de tranquilidad y de quietud, que nos ha permitido palpar nuestro cuerpo, reconocer los puntos que en él tenemos débiles, lastimados y doloridos, examinar la flojedad, ó tensión de nuestros músculos y darnos mediana cuenta de nuestras fuerzas y aptitudes colectivas.

Ya él lo había dicho en altas é inteligibles voces cuando en medio de la tempestad desencadenada contra su obra, por la ignorancia y los múltiples fanatismos, luchaba para que no abortase su fecunda y gigantesca labor.

«Venimos á poner el diamantino guión de la verdad y de la plena concordancia de lo objetivo con lo subjetivo, en vez de la desoladora discordancia que nos dejó el siglo XVIII por herencia.»¹

«Una educación en que ningún ramo importante de las ciencias naturales quede omitido; en que todos los fenómenos de la naturaleza, desde los más simples hasta los más complicados, se estudien y se analicen, á la vez teórica y prácticamente, en lo que tienen de más fundamental: una educación en que se cultive así, á la vez el entendimiento y los sentidos, sin el empeño de mantener por fuerza tal ó cual opinión, tal ó cual dogma político ó religioso, sin el miedo de ver contradicha por los hechos esta ó aquella autoridad; una educación, repito, emprendida sobre tales bases y con sólo el deseo de hallar la verdad, es decir, lo que realmente hay y no lo que en nuestro concepto debiera haber en los fenómenos naturales, no puede menos de ser, á la vez que un manantial inagotable de satisfacciones, el más seguro preliminar de la paz y del orden social, porque él pondrá á todos los ciudadanos en aptitud de apreciar todos los hechos de una manera semejante, y por lo mismo, uniformará las opiniones, hasta donde esto es posible. Y las opiniones de los hombres, son y serán siempre el móvil de todos sus actos. Este medio es, sin duda, lento; pero, ¿qué importa, si estamos seguros de su eficacia? ¿Qué son diez, quince ó veinte años en la vida de una nación, cuando se trata de cimentar el único medio de conciliar la libertad con la concordia, el progreso con el orden? El orden intelectual que esta educación tiende á establecer, es la llave del orden social y moral, de que tanto habémos menester.»

Podrá ser ún importante factor de nuestra tranquilidad de veinte años el expansivo desbordamiento de nuestros vecinos del Norte, que nos han enganchado á la locomotora del progreso anglo-americano, según frase todavía inédita de uno de nuestros más altos pensadores, á quien me permito plagiar: entrarán, sin duda, por mucho, en producir el mismo fenómeno, el tino especial y la habilidad política del prestigioso caudillo que hoy rige personalmente y con singular firmeza el timón de la nave del Estado: el tiempo y los hábitos del lucro pacífico, quebrantando indómitas y semi-salvajes energías de los hombres que fueron producto forzoso de nuestras convulsiones intestinas, habrán también contribuido poderosamente á establecer la calma y la serenidad en el seno de la República; pero con esto y todo, que confesarlo no será sino reconocer en un caso concreto la complejidad de los fenómenos sociales, reivindicemos alta y valerosamente para el fundador de la Escuela Preparatoria, la importante participación que le corresponde por derecho, en el respiro que ahora alcanzamos, descansando de las revoluciones armadas.

La persuasión, ya muy generalizada, de que en todo razonamiento hay que partir de hechos bien comprobados y no de axiomas establecidos *a priori*, ordinariamente infundados, por arbitrarios: el conocimiento, también ya bastante difundido entre las clases ilustradas, de ciertas leyes sociológicas que rigen invariablemente el organismo político: la convicción de que ese organismo, como todo aquello en cuyo seno palpita la vida, está sometido á evolucionar, y de que no hay revolución que signifique progreso, porque no hay progreso, sin orden; todos

¹ Discurso del 8 de Septiembre de 1877.

estos y otros muchos de igual ó mayor importancia, son también eficaces motivos que contribuyen á disciplinar las fuerzas vivas que cada ciudadano representa, factores de la resultante que analizamos y ópimo fruto de las enseñanzas positivas, cuya simiente depositó en el surco el Dr. D. Gabino Barreda.

Lo negarán tenazmente los enemigos, siempre gratuitos, y todavía, por desgracia, numerosos, que el maestro se concitó por sus doctrinas: no habrán otros llegado á percibir claramente la significación

y bondad de su obra. De ellos, como el Salmista de la Biblia dijo de los incrédulos, nosotros podemos decir: «tienen oídos y no oyen; tienen ojos y no ven.»

Día vendrá en que también para ellos se hará la luz: nosotros ya tuvimos el inefable placer de verla, y podemos proclamar á todos los vientos que el Dr. D. Gabino Barreda ha pasado incólume por la prueba á que están sujetos los hombres verdaderamente grandes: crecen más, mientras de más lejos se les contempla.



DR. D. GABINO BARREDA.

PANEGIRICO.

Del sabio mexicano Gabino Barreda, pronunciado por el Lic. Jesús Urueta la noche del día diez de Marzo de mil ochocientos noventa y ocho en el Teatro del Conservatorio Nacional de México.

A Justo Sierra, con mi filial amor.

Señores:

Esta solemnidad, que nos levanta á la contemplación de un pensador completamente sincero que abarcó los señoríos del saber con audacia y con prudencia, con empuje y con cautela, pero sin dudas que maltratan ni transacciones que desprestigian, y de un virtuoso que abría sus brazos protectores de concordia sobre los demoniacos extravíos del corazón humano, nos aligera la conciencia de una pesadumbre insoportable ya, de un impío remordimiento, el remordimiento de no haber cum-

plido los deberes jurados en la hora apasionante de la muerte, dejando soplar sobre el ideal, desde los arenales del egoísmo, ateridos vientos de olvido que lo apagan, lo aventan, lo aniquilan y lo truecan, de carbunco de amor en ceniza de ingratitud!

¡Oh! Si el austero hubiera sido el guerrero; si el Cristo de delicada parábola hubiera sido el David de silbante honda; si su tumba, que parece un libro de esperanzas y de redenciones, tuviera faraónicos hieroglifos de combates y de cautiverios, Barreda habría ascendido al círculo rojo de la inmortalidad, en donde los musculosos atridas de la leyenda y de la historia, desde Agamemnon hasta Bonaparte, están rugiendo su eterna tragedia de grandezas y de crímenes! No, ha ascendido más alto; por eso no todos le ven, por eso muchos le ignoran: ha llegado á la esfera diáfana, al foco indeficiente del amor piadoso, que sólo se alcanza, como lo alcanzó el florentino, con la escala de luz de la poesía!

Infinita poesía tiene la obra de Barreda porque es obra de verdad, de bien y de belleza; y todo lo que nos depura de las partículas de la arcilla en que Dios sopló el espíritu del hombre, todo lo que abre lejanías de horizonte al pensamiento, todo lo que agrega piedades á la acción y todo lo que armoniza las vibraciones de la lira dolorosa—el alma humana—con las majestuosas pausas del ritmo de oro de los mundos, es poesía, perdurable poesía, en la ciencia, en la moral y en el arte!

Borremos fronteras y sectas y cismas; colguemos el alfanje de Omar entre las ruinas pavorosas de los *siglos malditos*; no pongamos grilletes de silogismos á la aspiración; no arrojemos el cadáver de una doctrina al cementerio de las filosofías suicidas; no trunquemos la personalidad de Barreda restringiendo las ideas dentro de una denominación arbitraria que borraré el polvo en las bibliotecas y relegará la memoria en sus archivos; no encerremos en inconsútil malla de paciente análisis su augusto espíritu, que no cupo en la estrechez marginal de los agrestes libros de Comte, porque era fecundo, ampliamente conceptual, nítido como diamante de aristocráticas aguas, sobrio y refrenado dentro de los problemas de la ciencia y gallardo y esplendoroso sobre las ágiles rimas de los tercetos del Dante!

Desgraciadamente las denominaciones arbitrarias son siempre cómodas. Digamos la palabra, la palabra de los terrores y de las veneraciones: el *Positivismo*. ¡Oh! Los hombres se han degollado por las palabras: puede escribirse la historia de las palabras sangrientas, y quizá resulte ser la historia de la humanidad. La cederíamos de buen grado, porque estorba para la seria discusión de las ideas; pero hay bautismos que el abrupto San Juan hubiera envidiado, porque són indelebles. Pero si el método ha sido eternamente el mismo, aunque me contradigan todas las aulas de todas las universidades de todas las épocas: desde el pastor caldeo hasta Laplace, desde el nigromante misterioso hasta el selecto Pasteur, desde los himnos védicos hasta las pláticas evangélicas, desde los trenos pindáricos hasta las antítesis huguianas, todas las adquisiciones de verdades, de postulados, de leyes, de virtudes y de formas, se deben al mismo invariable método, al único método, al positivo.

Mas la experiencia individual y colectiva demuestra que una verdad, aislada, seca, escueta, no penetra fácilmente á la conciencia; se necesita que la siembre el amor: sólo así florece. Los grandes simpáticos han sido siempre los grandes maestros. Un beso lento de idilio en tersa estrofa ó un clamor de libertad en caldeado yámbico, han enseñado más que todas las retóricas. Sugerir, este es el problema de la educación. Junto al pensador, mejor dicho, en el pensador, deben estar—en inquebrantable coexistencia—el moralista que hace sagrada la vida y el artista que la hace bella: Sócrates severo y Platón armonioso. Barreda amó y se hizo amar; fué una alma resonante como los címbalos sagrados de Bivar, ardía intensamente en la zarza del ideal divino, desbordaba caricias y consuelos, filtraba en el corazón de los discípulos las esencias más nobles de la virtud, estaba ligada al

través de los tiempos, por la invisible cadena del bien, á las grandes almas de Buda, de Filón, de Hílel y de Jesús, que han proporcionado madera para todas las cruces, plegaria para todos los dolores, sangre para todas las redenciones y esperanza para todos los escepticismos!

Por eso su *buena nueva* formó un cenáculo que lo adoraba; por eso fundó mucho, por eso enseñó tanto. Oíidle, señores. Decía el santo: «Condene el egoísmo de una manera terminante, como móvil de la conducta humana; consagro como tal móvil el ejercicio de las inclinaciones benévolas y simpáticas, y doy, en fin, como medida de la bondad de una acción, la dosis de amor al prójimo que hay en ella.» Decía el puro: «¡Que las dulces emociones de este día asocien para siempre en vuestra mente la idea de *Escuela Preparatoria* con las de bondad hacia nuestros inferiores, afecto á nuestros iguales y veneración hacia nuestros superiores! ¡Que la Moral y la Ciencia sean nuestros fetiches y nuestros guías! ¡Que esta Escuela, en donde por vez primera apagásteis vuestra ardorosa sed en esos inagotables raudales de paz y de concordia, de progreso y de bienestar: que la Patria que os ha visto nacer y os ha amparado con su noble pabellón: que la humanidad á quien debéis la civilización de que gozáis y que ha trabajado incesantemente en nuestro favor, sean el idolo constante de vuestras ovaciones y de vuestros afectos, así como el objeto permanente de vuestra actividad! ¡Que podáis, en fin, á fuerza de cultivar tan noble amor, repetir, dirigiéndoos á tan dignos patronos con la inefable efusión de una alma verdaderamente amante, las sublimes palabras del incomparable místico: «Amen te á tí más que á mí; ni me amen á mí sino por tí.» Decía, por último, el immaculado, colocando una corona en la frente de un artista: «Esta glorificación del arte hecha por la ciencia en su propio templo, este franco y leal reconocimiento de la superioridad del corazón sobre la inteligencia, esta noble subordinación voluntaria de la *Ciencia* al *Amor*, es un inmenso progreso moral de que nuestra Escuela da hoy el primer ejemplo.»

Estas altitudes de su conducta, estas fulguraciones de su fe, estas savias de sus ideas, estos halagos de sus frases, hacían irresistible la sugestión del filósofo que abría hondo surco en el espíritu de sus discípulos, sembrando en él—ya lo veis—semillas de Paraíso, gérmenes de frutos sanos y de brotes opulentos, como un acto de caridad y de civilización, porque la civilización no es otra cosa que la suprema caridad de los elegidos, sabios, moralistas, poetas, que difunden, como Hélios, su sonrisa de luz sobre la inmensa imploración de la vida. Estaban los discípulos en pleno período del *Reinado de Dios*. Agrupados, fraternales, benévolos, llegó hasta ellos, de la riente Galilea, una ráfaga perfumada de esperanzas y un delicioso acorde del alma lírica de Cristo; y soñando ya la conversión de los gentiles y la amarga disputa de la Sinagoga, tuvieron el fanatismo del maestro, colgaron sobre sus cabezas el dosel del cielo científico de que habla Littré, y lo constelaron de ideales, informes y tumultuosos unos como las nebulosas y reventados otros en esplendente floración de estrellas!

Para la difusión de su enseñanza, Barreda necesitaba el *Jardín de Epicuro*—cultivado por el filósofo que veía cuajarse de frutos los árboles y las inteligencias, el huerto divino donde acaba de recoger Anatolio France un ramillete de primaverales ideas,—y fundó entonces su grande obra de amor: la Escuela Preparatoria. Allí estaba... ¡ay! no puedo decir allí está, no, allí estaba el porvenir nacional en la verdad y en el deber: de allí debían salir, por la educación del carácter, las generaciones sanas y poderosas, viriles para la lucha, aptas para el sacrificio y para la gloria, capaces de coronarse de helénicos lauros contra los persas; de allí debían salir, por la educación de la inteligencia, los épicos humildes, los sabios que bregan en los laboratorios de la destrucción contra la destrucción misma; de allí debían salir, por la educación del sentimiento, los exquisitos que acarician el alma con la estrofa de ambrosia, y los bíblicos, los terribles, los profetas, los que gimen con los picotazos del buitre del genio en las entrañas, conmoviendo la bóveda diamantina del Olimpo con el estremecimiento, con el relámpago, con la sangre y con el dolor de las creaciones inmortales; de allí debía salir, como coronamiento supremo y como refugio último, la venerable figura de Tácito, es decir, la *Justicia*, epinicio ó filípica, sanción de toda la historia, que no perdona á la muerte porque la muerte es vida de imitación en la memoria humana y vida de ejemplo en los paulatinos eslabonamientos del progreso; y esta obra, digna de la leyenda hesiódica, la emprendió y la consumó Barreda como un corolario de la gigantesca protesta del derecho en la Reforma, cuando el clero hacía bancarrota de educación, y la sostuvo con firme pensamiento, con diaria energía, con intachable conducta, contra huracanes y tempestades, levantando á la Escuela Preparatoria sobre las rabias de la intolerancia política y sobre los anatemas de la intolerancia religiosa, como un grito, como un soberbio grito de paz y de amor, de verdad y de justicia!

¿Qué hálito sacrilego, inmenso como el de Zeus tempestuoso, arrebató al maestro y dejó bamboleante su obra? ¡Brisas del Jardín antiguo! qué os hicistéis? por qué no traéis en vuestras alas polvo de iris de mariposas y frescos pétalos de flores? por qué ya no vemos pasear en las avenidas á Epicuro con una santa aspiración en el alma y una amable ironía en los labios?... Porfirio Parra—Platón de ese Sócrates—prodigioso fenómeno de intelectualidad, continuó dignamente al maestro ofreciendo á la juventud los inagotables tesoros de su pródiga ciencia. Pero la insomne conspiración urdía... urdía... y en la fecha luctuosa, un pliego de papel con el membrete de un ministerio, colocó en la cátedra divina á un profesor racionalista. Qué era esto? Era que se cometía un delito contra la civilización, era que Lisandro entraba á saco en Atenas! Y desde entonces hemos visto, ¡oh infamia! el incansable trabajo de los zapapicos... Sabéis lo demás... la Escuela Preparatoria es un sepulcro blanqueado! Ya no alegra los amplios corredores la carcajada jovial del estudiante, ya no anidan bajo los aletones de su sombrero los ideales fulgurantes, ya sus entusiasmos pasaron á la

tumba envueltos en el sudario de una raquítica elegía latina, ya en la cátedra se duermen sus curiosidades mientras el profesor se limpia los espejuelos y bosteza sus lecciones... ¡Ah! señores, exclamemos con el acento divinamente triste de Renan: «Qué lejos estamos de tí, querido maestro! ¿en dónde está tu dulzura? ¿en dónde tu poesía?»

No estamos donde debíamos estar, en los salones estucados del gran edificio, en la lujosa sillería, bajo las miradas impertérritas de los santos varones cuyos viejos óleos decoran las paredes...! nos han expulsado de Egipto, nuestra tienda es nómada, la plantamos en cualquier oasis del desierto! pero no importa, bajo ella hay un fuego, un amor un recuerdo, una esperanza, y á la hora solemne del culto, nuestros sueños se lanzan á explorar el infinito entre los vuelos soberanos de las águilas salvajes y las caudas de lumbre de los meteoros que se abisman... Y la *Promisión*? está lejos? está cerca? quién sabe; pero tengo profunda fe en ella. Los elementos intelectuales y morales que generó Barreda, aunque dispersos y galvanizados, no se han extinguido, alientan en pensadores serenos y en artistas incorruptibles; y en épocas más propicias los agrupará el prodigio de alguna palabra vengadora, el altivo *Sursum* que enardezca las actividades, que excite los deberes y que desentuma las aspiraciones. Las creaciones del amor son inmortales: sólo ellas flotan en el ether venturoso sobre el colosal derrumbamiento de los siglos; cuando el brazo colérico del tiempo lanza á la fosa de la historia las instituciones, los héroes, los dioses, las estatuas y las bibliotecas, creyendo aniquilarlo todo, de las ruinas brotan en parvadas de alondras las máximas estoicas de Marco Aurelio y los versos hibleos de Virgilio cantando la juvenil renovación del alma! Sí, tengamos mucha fe: trasegado en cálices de oro, el espíritu del filósofo palpita y vive en el templo.

Que la alegre teoría de los efebos desate sus ritmicos compases bajo los pórticos de mármol; que las cestas rebosen con las fértiles primicias de Mayo florecido; que la mesa del festival se llene de risas y de cantos; que presidan los ilustres; que hable Perikles, se mofe Aristofanes, recite Sófocles y se bañen de claridad azul los ojos olímpicos de Aspasia, mientras sobre nuestras frentes coronadas de mirto se agitan los listones del cinturón de Iris y zumban como abejas los epigramas fáciles de las galantes Gracias!

Así es como debemos venerar la memoria del maestro, amando la vida para embellecerla con la ilusión y con el arte y para santificarla con el dolor y el pensamiento; tendiendo, como una malla de astros, las sonrisas de la ironía sobre los misterios eternos; volviendo del combate por la libertad á escribir la tragedia por la libertad; fabricando una diosa de mármol y arrugando en la piedra el ceño colérico de un vencedor; aprendiendo la tolerancia y la conformidad en la caudalosa corriente de la humana idea; templando el espíritu con la evocación de los faustos desfiles de la historia; reconstituyéndonos, por último, como dijera el gran hijo del Gran Dumas, «en los principios inmutables, en la justicia que está por encima de las religiones, en

la observación que está por encima de las filosofías, en la conciencia que está por encima de las libertades y en Dios que está por encima de todo;» pues sólo de esta suerte podremos ser dignos del excelso adorado, sólo así le daremos razón á su obra ante la crítica y sólo así mantendremos incólume su divisa, su incomparable divisa escrita como una profecía de bienaventuranza en nuestra arca salvadora: Amor, Orden y Progreso.»

PAGANAS.

I

PULCHERRIMA DEA.

Del mar de Chipre en la risueña orilla,
blonda, á través de la rosada bruma,
aparece flotando entre la espuma
de Citeres la virgen sin mancilla.

Es blanca la color de su mejilla,
como del cisne de Estrimón la pluma,
tiene el fulgor de la Belleza suma
y de las Gracias la expresión sencilla.

Extático el Olimpo adora en ella
y se siente feliz. De polo á polo
un himno Pan enamorado entona.

Toca en la playa la gentil doncella,
y á su palacio de marfil Apolo
la lleva y ciñe su imperial corona.

II

A UN TRADUCTOR DE HORACIO.

Ya de Gliceris la mirada ardiente,
de las blondas pestañas bajo el manto,
hizo latir tu corazón, y en tanto
probaste el agua en la Castalia fuente.

Viste bañarse en la húmida corriente
faunos y ninfas con divino encanto,
y en el triclinio resonó tu canto,
coronada de pámpanos la frente.

Al acre jugo de las vides nuevas
en ánfora pagana mezcla ahora
sangre de Pan y leche de Afrodita....

¡Verás qué versos en el canto elevas,
pues ya en tu flauta rústica y sonora
la divina *Alma Genitrix* palpita!

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

A UN POETA.

La Cólera y el Terror se han sentado á tu cabeza ¡oh moribundo de deseos vesánicos!.... y no tienes de Satán más que la impotencia. Has tomado para tu obra sacrilega el más noble instrumento del humano trabajo: la palabra; y la retuerces, la vio-

las y la arrojas, escupiéndola, como un andrajo en el crepúsculo de la noche lóbrega que te invade lentamente el alma. El verso era luz, y tú lo hiciste incendio en tu boca urente; ahora es lívida llama fatua en tu cerebro exhausto. Tu corazón se disipó como ceniza impalpable á los cuatro vientos de tu orgullo vencido. Tienes rabia y tienes miedo. No supiste llenar un vientre con sano fruto, si esterilizar espíritus con sueros malditos. Ya no vuelan tus versos. Hierven como larvas inmundas en el estercolero de tu propia vileza.... y la Cólera y el Terror te secan vanamente los ojos anegados en acre llanto, con pañuelos de fuego.

¿Qué has hecho del candor, de la bondad, del amor y de la esperanza? Los niños te huyen, los jóvenes te temen, tu amada te odia y tu amigo te desprecia.... Y á eso le llamas tú *corresponder al espectáculo de las cosas?* Mira, yo me acerco sin ascos á tu lepra, y te tomo las manos con mis manos empapadas aún en la esencia pura de la caridad y junto á tu boca mi boca que acaba de besar santamente la cabellera perfumada con el óleo que ungió los pies ensangrentados del Cristo.... Algo se estremece en tí todavía. ¿Te quedan recuerdos de tu origen, áureo cantador de las pasadas primaveras? La Cólera y el Terror se apartan de tu lado. Murmuras tus primeras estrofas; van cargadas de miel hacia el panal eterno.... No, no volverán los engendros de tu locura, hermano mío. ¿Que tienes tu Cruz, y que te regocijas?... Es de la misma madera de la que extendió un brazo hacia el pasado, perdonándolo, y el otro hacia el porvenir, en ademán de protegerlo. ¿Que el sueño vuelve á tí, acariciando tu frente con sus dedos de raso? Duerme, duerme, poeta.... tu despertar será como una gloriosa resurrección!

JESÚS E. VALENZUELA.

EL SAMURAI.

J. M. DE HEREDIA.

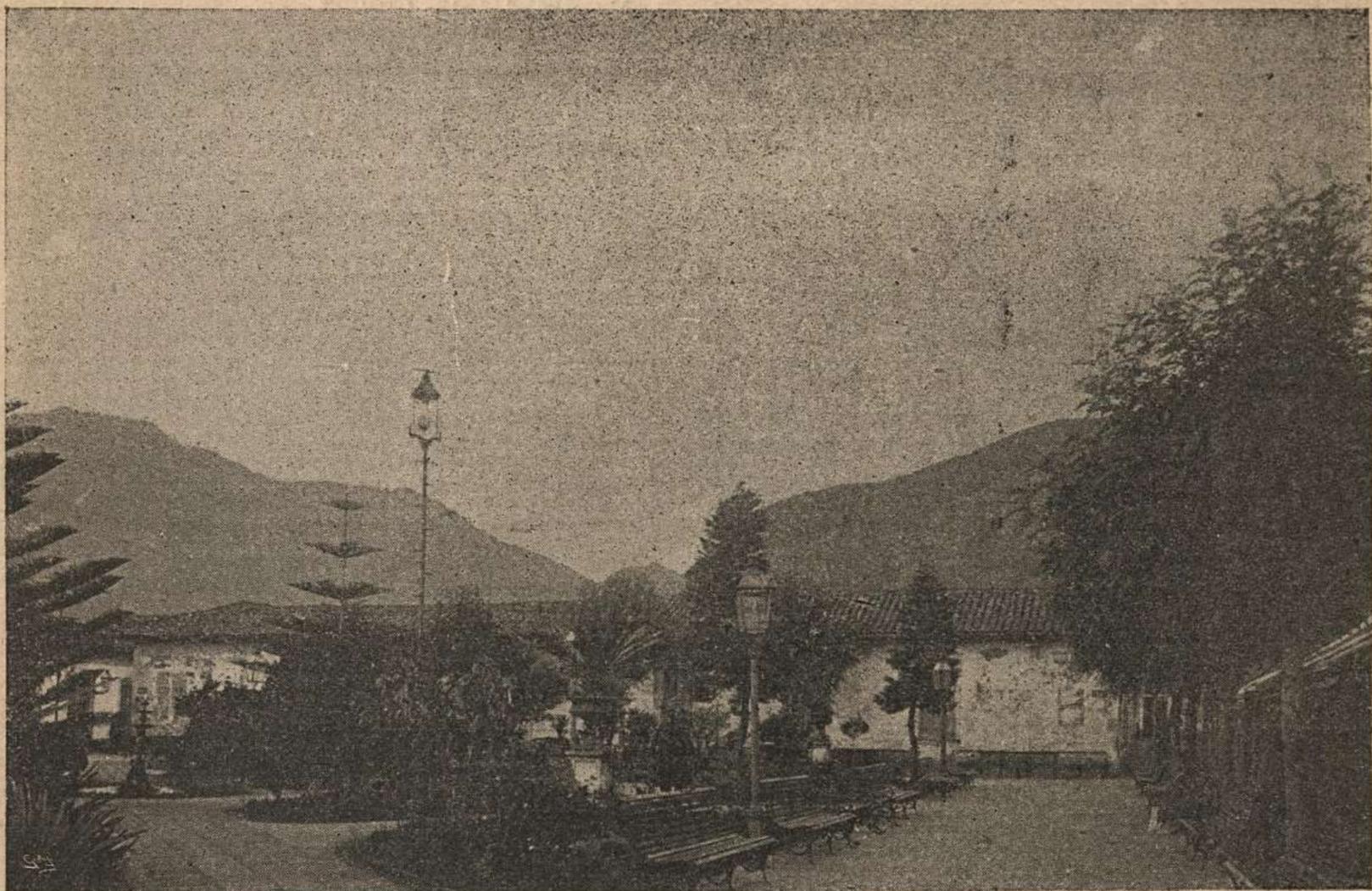
La mano en el cordaje de la *biva* sonora,
Tendiendo su mirada por el bambú calado,
Ve al vencedor que llega, cual ella lo ha soñado,
Por la infinita playa que el sol calienta y dora....

Va en alto el abanico, los sables al costado;
Un purpúrea banda su pecho condecora
Y en la armadura negra, con esplendor de aurora,
Luce el blasón de Hizen su trébol esmaltado.

Aparece, vestido de láminas y placas,
Bajo la seda, el oro y las brillantes lacas,
Bermejo y negro como un crustáceo gigante.

La ha visto. Sonriente sus pasos se apresuran,
Y moviéndose al ritmo de su marcha triunfante
Las dos antenas áureas de su casco fulguran.
México. 1899.

JOSÉ JUAN TABLADA.



DE PLUVIOSILLA (ORIZABA).

LA GATA.

Digno de la pluma festiva del Curioso Parlante, del estilo profundo de Fortún y de los pinceles de Valeriano Bécquer es el tipo que hoy ofrezco al buen humor de los lectores.

Por desventura mía no tengo ni la verba salada de Mesonero ni las tristes genialidades de Zarco ni el colorido delicado del infortunado pintor, para presentaros, como es debido, con todas sus gracias y donaires y su más y su menos, esta nueva especie del reino femenino que pollos tempraneros, lechuginos crónicos y solterones contumaces, han clasificado entre los individuos de la raza felina.

Hace tres lustros—y apelo para justificar mi dicho al testimonio de los pisaverdes de antaño—designábanle todos con el nombre genérico de *garbancera*; con el de *garbancerita* si era guapa y coqueta, con el de *garbancito* si muy joven y tímida, y con el de *garbanzo* si pasaba de los veintiocho agostos, era recia de carnes y poco llevadera de bromas y chuleos en esquinas y mostradores.

¿Cuándo cambió de nombre? No he podido averiguarlo, por más que he puesto á contribución el saber de muchos amigos míos, muy estudiosos y eruditos, y peritísimos en eso de Zoología... doméstica.

Pero *gata* ó *garbancera*—como os plazca llamarla—la servidora coquetuela y lista, que nos hace la cama, nos sirve la mesa y suele satisfacer nuestro apetito con los portentos de su talento culinario, es merecedora de un breve estudio por lo menos.

Debo principiár por decirnos que, aunque á veces

admiro sus ojitos negros y chispeantes y gozo con su ingenua alegría, si la veo ostentar en calles y espectáculos sus galas domingueras, y hasta llego á extasiarme, de cuando en cuando, con sus pies aristocráticamente calzados, no me apasiono por el género, y prefiero al plebeyo rebozo la española mantilla, y el suave perfume de la Champaca de Lahor al aroma, delator de vulgar estirpe, de la Kananga del Japón.

La *gata*, por carácter y naturaleza, es á todos simpática, no sólo para el sexo feo, sino hasta para las señoritas que no pueden menos que admirar su lindo palmito, sin polvos ni afeites, y tienen para ella cierta benevolencia compasiva.

La *gata* es de ordinario el complemento de una familia numerosa, quien la encarga por lo común del cuidado de los niños, y el *factotum* de la casa. (No entran aquí las de mujeres celosas y rasca-rabias, donde una consorte fundadamente temerosa evita hasta la sombra del peligro). A ella, siempre dispuesta á salir á la calle, sin que la arredre la lluvia, ni la espanten las sombras de la noche, se confían, con incalificable ligereza, secretos encargos, delicadas misivas y compras que exigen malicia y buen humor, toda vez que hay que tratar con mercaderes expertos y muy amigos de vender en siete lo que vale cuatro. Nadie como ella para pedir muestras en las tiendas de ropa y prestar, en casos graves, oportunos servicios de terciaria amorosa, para resolver terribles conflictos provocados por una madre severa ó un padre intransigente y llevar

à manos de gallardo doncel, perfumado y lacrimoso billete.

Busquemos un tipo.

Es alta, esbelta, de talle cimbrador que, provocando la censura diaria de gruñona cocinera, vive oprimido, del día à la noche, por estrecho y pretensioso corsé; tiene ojos negros, rasgados y relampagueantes, torneada pierna y atrevido pie, el domingo ajustados por tirante media y gentil botita de alto y encorvado tacón. Viste falda de lana con adornos de seda, de medios colores, como que, aunque poco à poco, ha sacado provecho de lo que oye à sus lindas y elegantes amas, en esas serias y graves discusiones, acaloradas y sin término, en que la costurera ó la modista llevan la voz ministerial y una mamá económica representa la oposición, guardadora celosa de los fondos domésticos. Completa su vestido blanco saco de hilo con tiras bordadas, imitación, que hoy está en privanza entre la gente felina, de esa prenda que designan nuestras damas con el nombre de *matinée*. Rodea su cuello exiguo pañolito de vivos colores sujeto por modesto alfiler de relicario, en el cual, tras un vidrio, limpio como un diamante, ostenta su figura un personaje desconocido ó una rosa de Esmirna pintada en papel, de esas que hoy amenizan con sus graciosos dibujos los aparadores atestados de bujerías; pendientes de celuloide; una cinta de raso azul que contiene suavemente los cabellos, los cuales, cortados sobre las cejas en rizado fleco, prestan à su fresco rostro un aspecto de refinada distinción; boca graciosa; ebúrneos dientes que no conocen zozodotes ni opiatas; mejillas morenas con tintes de natural carmín, indicios de completa salud, y que, à la sombra de la espesa patilla, redoblan sus provocativos encantos; esfumado bozo sobre el labio, y oportuno lunar que duplica la expresiva malicia del atractivo rostro.

Tan linda personita va envuelta en un rebozo, que si no conserva el perfume del telar, tiene el aroma de cedro del baúl en que permanece guardado seis días de la semana, durante los cuales vive su dueña consagrada à la badila y à la escoba.

Es de verla cuando va por esas calles, suelta de movimientos como gorrión de sementera, flexible de cintura y con andar precipitado; y es de admirarla cuando à las tres de la tarde de un hermoso domingo, sale muy orgullosa con sus respunteadas botitas, luciendo, al saltar el arroyo, la blancura incomparable de sus enaguas tiasas y ruidosas, para ir en busca del amartelado zapatero, Amadis invencible de la beldad felina, ó del talabarterito gallardo y vigoroso—de botines amarillos, blanco y estrecho pantalón, faja de grana, ceñida chaqueta de airoso corte, nivea camisa, corbata chillona y sombrero jarano de tremenda copa, ribeteado de galones de plata y rodeado con escandalosa toquilla—que cerca le espera, ostentando sus atléticas formas, en aptitud artística, con el zarape al hombro, último toque de su apolínea belleza tardes y noches de los días festivos.

Aquel galán desenfadado y barbilindo, dueño de aquel corazoncito lleno de aspiraciones y temores, es el bello ideal de la *gata* en los años felices en que apenas pretende sacar la planta fuera de su clase,

para entrar, por buen ó mal camino, en otra más elevada y más brillante.

Narrar el dulce idilio de esos amores, seria cosa muy larga, y baste decir que principia en el hueco de un zaguán y tiene por teatro dominguero, como alguna escena del «Don Jaun» de Mozart, fresca y dilatada calle de árboles, en los confines alpinos de la Alameda ó en el remoto callejón, à la luz espléndida de una tarde de verano, al eco de las tórtolas que zurean en sus nidos ó à la márgen del río que adormece à los amantes con el arrullo de las linfas parleras. El primer amor de la *gata*, tierno y lleno de abnegación, es breve como todo lo bello, y muy raras veces hace de la inquieta servidora la dueña de un hogar que la pobreza honra y el trabajo embellece; por lo común es desgraciado, porque un sin número de peligros la arrastran y la desvían.

Los grandes peligros de la *gata* podían simbolizarse en un mostrador ó en una levita. El tiroteo de frases galantes de horteras hartos vivos; el requiebro ineludible de boticarios y mercaderes de telas que despiertan en la pobre muchacha locas esperanzas; el tentador halago de flamante vestido ó de un calzado nuevo, y el incansable acecho de señoritos y caballeros que en domicilios, banquetas y corrillos procaces la persigue y la hostiga, suelen dar al traste con su recato y su virtud; pero no le faltan medios de defensa: tiene à su alcance desde el mohín desdeñoso, hasta la frase burlona que parte medio à medio; desde el revés bien dado à quien la violenta y la estruja, hasta lo que constituye la fuerza de su debilidad y que es frecuentemente su tabla salvadora: la broma con la cual echa todo por tierra, y que es como el supremo recurso de su estrategia.

Conoce à todo el mundo y con todos trata, llamándoles, sencillamente, con un don tamaño como una torre: Don Pedro, Don Darío, Don Manuel; salvo à sus íntimos ó à quienes les son simpáticos, à los cuales llama Manuel Ortiz, Antonio Valladares, y que son en los bailecitos vespertinos ó nocturnos sus compañeros fieles y constantes para la mazurca melancólica, la danza voluptuosa ó el vals arrebatado.

En estos saraos de extraordinario regocijo para el pueblo felino, y en los cuales un salterio vibrante, un bajo soñoliento y una flauta lánguida, mecen dulcemente à la *gata* en sus sueños de señorita, se deja galantear como una dama de alto copete, por el pollo taurófilo ó el escribientillo tronera que endosa corto saquito de cheviot ó levitín inglés, y baila preso en la muralla de sus cuellos; entonces no se cambiaría por la más bella de sus amas, cuando con aplauso unánime de la familia y admiración sincera de toda una servidumbre boquiabierta, sale para un baile de la Lonja à ser cortejada por el novio oficial.

Allí la *gata* se da tonos de pulcra y bien parlada, y repite, venga ó no venga al caso, y como Dios la ayuda, cuanto en la casa donde sirve ha escuchado de las Fulanitas ó de las Zutánitas: cuanto allí se dice de éste ó de aquel, descubriendo indiscretamente asuntos reservados à las arcanidades del hogar; allí bebe copitas de Cognac con Kerman, baila con frenesí, y fuma en cada entreacto.

Cuando los humos del alcohol han invadido su cerebro, y siente adormecidos sus labios y no puede resistir á la terrible descarga de piropos que le asestan sus admiradores, en grato palique, viene la intimidad, la confidencia sigilosa, la revelación solemne, y principia la conquista pacífica. Entonces, al son del schotisch más en boga, suele el amante de su ama obtener su eficaz mediación para reanudar la correspondencia interrumpida por el veto de una respetable mamá; entonces se averigua cuanto pasa en las casas, cuanto en ella se dice, cuantas miserias en ella se sufren y cuantas abundancias allí se disfrutan. Bajo este punto de vista, la *gata*

es un terrible enemigo doméstico; pregonero incansable y revelador fidedigno.

En ocasiones es confidente de la señorita, y, á decir verdad, se porta en todo con suma discreción; trae, lleva y hasta se muestra desinteresada con el novio, rehusando, con noble proceder, sus generosas dádivas.

Tiene grandes defectos, pero no le faltan cualidades: con sus compañeras de casas menos opulentas, se muestra enamorada de sus amos, ponderando su esplendidez á troche y moche; en los apurillos secretos de las familias, sabe ir á una casa de empeño para que le presten sobre una alhaja valiosa



dando ella su nombre, lo que sus amos necesitan, y proceder con tales tinos, que casi siempre consigue doble cantidad de la que á otros diera el prestamista; sirve muchas veces á sus amos, cuando vienen á menos ó corren malos vientos, con abnegación y cariño, trabaja sin interés y sirve para todo; ama tiernamente á los niños que la recompensan ampliamente, guardándole el secreto de sus amores y de sus citas clandestinas, y se muestra siempre prendada de la señorita que la tolera cuando falta, para utilizar sus servicios en caso necesario.

Malhumorada y respondona, llena de retobos y de quejas, es causa frecuente de disgustos; llora si se le reprende con dureza, pero todo le pasa como lluvia de primavera; y á la mañana siguiente barre regocijada las habitaciones, asomándose de cuando en cuando á la ventana y cantando entre dientes su danza favorita, recuerdo melancólico del último baile.

Si anda por camino recto, puede alcanzar la dicha de ser esposa de un honrado artesano; pero si da en preciarse de vestir bien, suele parar en per-

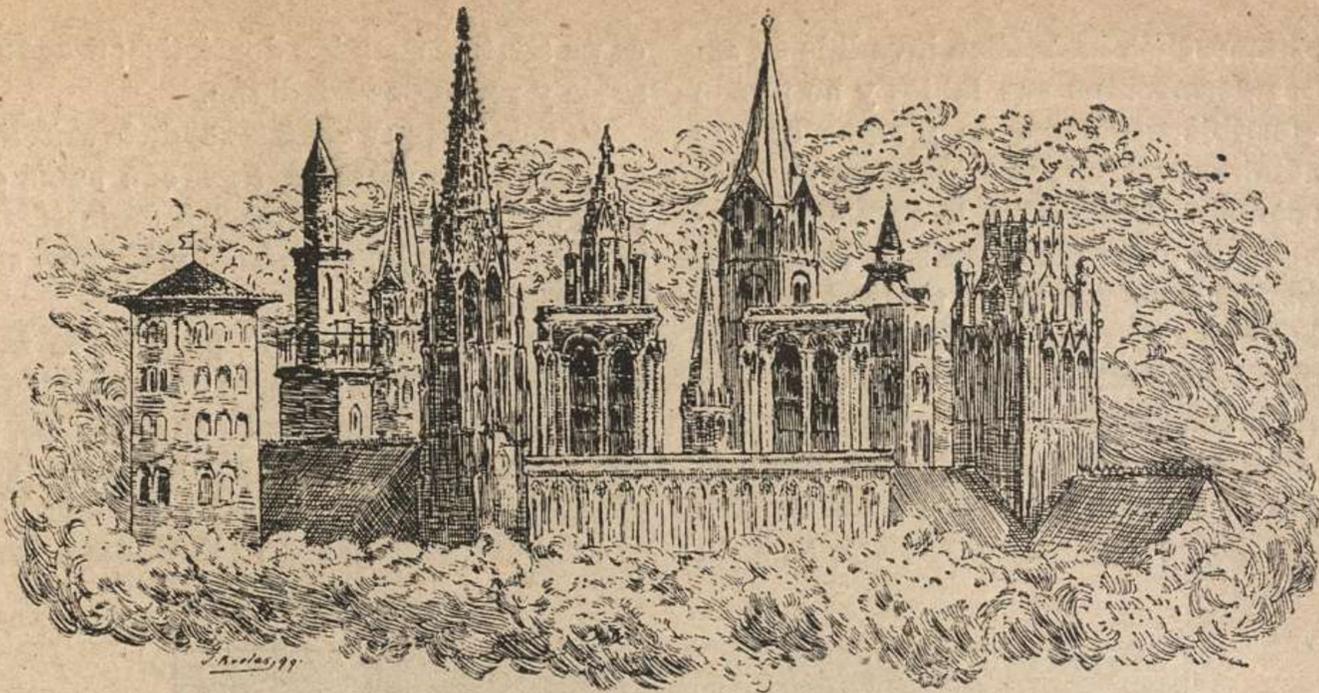
dición, bajando, por su desgracia, de peldaño en peldaño, todos los tramos de la escala social.

Por lo común, aprende á vivir y acaba su vida santamente, asistiendo al sermón todos los domingos, y atendiendo pacientemente durante toda la semana, con noble afecto, á un solterón malhumorado, lleno de achaques y dolencias; y la que antes dejaba el acomodo por los días de Semana Santa ó de Navidad para subir y bajar á su antojo, es hoy esclava resignada de su trabajo; y la que entonces, al sacar á los niños de paseo, se hacía acompañar por el novio, y traía y llevaba amorosos billetes, al presente, agria y gruñona, y más celosa de la moral que un cura decrepito, es cancerbero terrible para cuidar á sus compañeras jóvenes, manda en jefe á la servidumbre, cuida eficazmente de los intereses de sus amos, y envejece y muere, siendo depositaria de todas sus confianzas.

¡Obra del tiempo que todo lo muda, todo lo modifica y todo lo transforma!

¡Sic transit gloria mundi!

RAFAEL DELGADO.



EL HIMNO DE LAS TORRES.

I

Canto: las altas torres, gloria del siglo y decoro del suelo. Las torres que ven las distancias, las torres que cantan las glorias de las buenas artes del hierro y la piedra. Las torres gigantes, que tienen cien lenguas intactas: cien lenguas, que son las campanas, sapientes de un mágico idioma que dice á los astros las preces del culto estinguido, con frases de bronce y de fe.

II

Las piedras están empapadas de música sacra; las piedras cuya alma es unísona, cuya alma es un eco. Las piedras cuya alma despiertan los órganos con su fluido lenguaje de flautas, cuando su noble mecánica inventa los salmos, que bajo los dedos, eruditos dedos de un pálido músico, parecen una galería de arco iris, ante cuyo triunfo, en colores de fama, pasan reyes de reales melenas y obispos de tiaras suntuarias, en caballos blancos, cuyas herraduras tienen un armonioso compás. Bajo los dedos de un pálido músico: bien Pedro Luis de Preneeste, dicho el Palestrina (*grande es su misa del Papa Marcelo*), bien Sebastián Bach.

III

Las torres ermegen con sus cuádruples ojos que tienen un iris de sombra, detrás de los vidrios quemados de matices ricos, que el fuego de los hornos fijó. Y junto al versículo gótico de la gran campana, un versículo gótico donde está fijada, por los siglos de los siglos, la gloria de un artesano fundidor de Nola, á cuyos moldes de tierra echaron las condesas sus sortijas do oro, en hervor de cobre,— junto al versículo gótico, digo, mirando por el cuádruple ojo de las torres, mi alma recibe del sol un adios más largo que todas, sobre una ciudad vieja: Nuremberg, Harlem, Reikjawik, Belgrado, Armagh, Thorn, Oxford, Toledo, Coimbra, Nicea, Bizancio, Esmirna, Alejandria, ¡París! con las frondosas testas de sus clodoveos eternizadas en medallas. Roma, la capital de las torres!

IV

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira á San Benezeto haciendo cantar la trulla en los altos andamios, sobre los granitos bordados de gárgolas; y á San Juniperto pensando un mosaico bajo los claustros bizantinos; y á santa Hildegarda diciendo floridas secuencias para agradar á Dios; y á San Juan de Segovia labrando el oro de las basílicas, para componer como una oración de pedrerías, una custodia; y á Jehan Fouquet iluminando de oro á una miniatura angélica; y á los errantes clérigos goliardos cantando en las ferias y bajo los portales de la abadía, sus estribillos en latín ingenuo:

(*Nudam fovet Floram lectus,
Caro candet tenera,
Virginale lucet pectus
Parum surgunt ubera;*)

y á los diez y ocho Concilios Ecuménicos, y que el primero es una aurora, mientras que el último es, á penas, una noche estrellada. Y que en el primero el que rige es un monje con los ojos quemados y las manos cortadas; y el que rige el último es un Papa que ha huido una vez, y que tiene las manos aristocráticas.

V

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira en un antiguo Mapamundi las aguas y las tierras; y en las brumas australes la ignorada Anticthonia; y la cinta de fuego del Ecuador apretando el ombligo de la tierra; y el mar, más extraño que una selva virgen; y Jerusalem en el centro del mundo; y al norte las tierras de Gog y de Magog; y el Paraíso de donde manan cuatro ríos, arrastrando palos olorosos de canela, de ruibarbo, de áloe, y de jengibre; y las murallas de jaspe que encierran el jardín; y la espada, que parece una llama en el aire, porque no se ve al ángel que la tiene; y alrededor del mundo los doce vientos: Enrus, Scolanns, Nochus, Anster, Africus, Euroanster,

Zephirus, Stannus, Ireius, Bóreas, Aquilo y Vulturinos.

VI

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira cómo viene la noche, y la media luna semejante á la herradura de plata de un Pegaso en los territorios negros, ó bien como una artística peineta de plata sobre una inmensa cabellera esparcida. Y á la luz de la media luna desarrolláanse los Imperios: Francia, Asiria, Persia, Egipto, Judea, Macedonia, Roma, México, Perú, Rusia, Arabia—otra vez Francia. Grandes tropes de hordas; banderas en el horizonte; lanzas agujereando la noche; clamores retumbando en el espíritu del viento; pájaros de presa entre desgarramientos de nubes; cadáveres bajo los árboles; osamentas sobre las piedras; un sueño, y águilas, águilas, águilas, y banderas, y lanzas, y bosque, y noche, y montes, y un largo galope enmelenado de antorchas llevándose todo eso: el gran poema del hierro y del caballo, y las hostiles barbaries marchando bajo el huracán de Dios, bajo los truenos de Dios, bajo el talón que ha hollado hundimientos de mundos—el talón de Dios—bajo la derecha de Dios, abierta como una palma de resplandores.

VII

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira las torres más viejas levantarse entre poblaciones de esfinges, de pterodáctilos, de tortugas, de leones: sueños del hombre cuaternario, sueños bajo las palmeras, tan grandes que cado una parece una noche; sueños de gigantes llenos de vello; de gigantes cuyos dientes han quebrado las costillas sangrientas del buey salvaje; de gigantes cavadores de montañas; de gigantes que poseen el dogo y el pavo real; de gigantes que cuando están ciegos de vejez, van á oír rugir el mar, para aprender sonidos y hacer idiomas. Y las torres son sobre cadáveres de ciudades: Makhimos, Damasco, Eusebes, Palenke, Tebas, Ellora, Tlahuacaco, Tombuctú, Kamakura—Babel con su torre de blasfemia en el pavor de las estrellas; cadáveres que hablan con alfabets jeroglíficos, para contar de los viejos sacerdocios de la historia, y las tablas de una celeste aritmética, y los dogmas teológicos, y las virtudes de las hierbas, y las peregrinaciones de los hombres cuyos ojos vieron nacer el oro en las redomas filosóficas, y subir las almas, por la escala de las encarnaciones, de astro en astro: Jacob, Hermes, Orfeo, Numa, Manco-Cápac, Crishna, Rama, Moisés, Zoroastro.

VIII

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira que ya viene el alba, y que una muchacha fresca ríe, y que en su risa se desparra un puñado de sortijas de plata. Y mira despedirse las naves que van para los Continentes, para las tierras rojas, para las tierras negras donde el sol se acuesta entre palmeras; donde hay serpientes que parecen joyas venenosas, y flores más bien pintadas que los tigres; y bisontes, y elefantes, y jirafas, y pájaros del Paraíso, y luciérnagas, y re-

sinas, y esencias, y bálsamos, y corales, y perlas, (éstas en conchas de valvas rosadas, como hostias intactas entre labios que comulgan), y dulces nueces, y polvo de oro, y tambores, y calabazas, y tinajas, que hacen la música de los dioses, y princesas desnudas que aman los besos de los amantes blancos. Y va Cristóbal Colón, con una cruz y una espada bien leal; y Marco Polo, con un tratado cosmográfico de Cosmas en la mano; y Vasco de Gama con un astrolabio en el mástil; y Hernando de Magallanes con una hacha al cinto; y la *Mag-Flower* con la carta del rey Juan; y Dumont d'Urville, con un planisferio y una áncora; y Tasman con una brújula; y Stanley con el lapiz del *New-York-Herald* i su casco de corcho; y Livingstone con su biblia y su esposa—David Livingstone, el padre del Nilo.

IX

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira cómo la tierra enseña hostilmente su doble tocado de nieves, y el obscuro Polo, más hermético que el Paraíso, con sus *ice-bergs*, y sus *packs*, y el *blink*, deslumbrante como un nimbo de altos reinos; y el tabernáculo donde está la Aurora-boreal en el secreto de sus mudos deslumbramientos; y la caverna donde la Piedra-Imán pierde el alma; y el palacio livido de la Fata Morgana, soñadora en las nubes; y el mar obscuro que mece los sueños de la morsa negra; y la siniestra Orca que oye á los marineros y roe las piedras con sus cuarenta y ocho dientes; y el Kraken que tiene tres corazones y abraza las naves con sus brazos palpadores del abismo; y la ballena que llora, al parir, como las mujeres; y el oso blanco que duerme seis meses sin respirar y que tiene la vergüenza en su lengua negra. Y hacia allá van los hombres de la zona rubia: Franklin, Cook, Markham, Eliseo, Kent, Kane, Fridtjof, Nansen, y una mujer: lady Franklin, que busca por el Horror unos huesos amados, y vuelve con el alma encanecida de tantas nevadas como han caído sobre sus tristezas. ¡Grandes infortunios, noches gigantescas y soles más débiles que la vida de una violeta!

X

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira que nace otro día, todo en sangre, otro día, y que los hombres niegan á Dios y se hacen pequeños y malos. Y hay no obstante otros hombres, sabios que hacen libros como quien siembra una selva para tener maderos con que arbolan naves futuras: Darwin, y Claudio Bernard, Crookes y el profesor Roentgen, Pasteur, Edison, Ernesto Hello y Nietzsche, Karl, Marx y Fabre d'Olivet; Eliphaz Lévi, Champollion, Augusto Comte, Maury, Vogt y Ralph Waldo Emerson. Y mira mi alma cómo la vieja ciencia de las Pirámides resucita; y el sueño parlante que ve á la distancia con obscura mirada; y los tres elementos que son las tres llaves de la ciencia de las Generaciones. Y mira cómo se llena de amor el metal, tocándole el alma por medio del rayo; y cómo se ordena la armonía de los átomos; y cómo en la carne de los seres se modela la futura estatua que ha ser el coronamiento de los Reinos: la triple estatua de talones de piedra, cin-

tura de árbol y cabeza elocuente: y cómo en el sereno mar de sangre de las matrices está de la maternidad la flor callada, en el sueño de su corola de nueve pétalos; y cómo los carros sonantes corren por la paralela de hierro, en pos del corcel de hierro, cuya alma es un trueno de hierro, y cuyos bronquios de hierro tosen el huracán, y cuyo corazón de hierro va tempestado de brasas; ¡gran caballo, negro, negro, negro, gran caballo comedor de fuego, gran caballo en temblor de grandes músculos lanzado, con una nube en las narices, á los jadeantes trotes del millar de leguas: gran caballo negro, gran caballo, gran caballo negro, al cual no se ve sudar!

XI

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira que la tarde viene con un paso ligero, armoniosamente, á caer en la mar, como una poetisa ciega que sobrelleva su palidez tocando el arpa. Y sobre una torre de oro aparecen, con los cabellos coronados de laureles y espinas, algunos hombres: Hugo, Verlaine, Laplace, Herschel, Wronski, Wagner, Goethe, Klopstock, Poe, Whitman y Adam Mickiewisch. Y la Torre tiene nueve pisos: y en el segundo están los que son coronados de diamante, y en el tercero los que son coronados de plata, y en el cuarto los que son coronados de hierro, y en el quinto los que son coronados de rojo cobre, y en el sexto los que son coronados de estaño, y en el séptimo los que son coronados de ébano, y en el octavo los que son coronados de marfil, y en el noveno los que son coronados de verbena. Y los nueve pisos de la Torre son los lechos de nueve estrellas (nueve doncellas de plata) y desde la cima de la Torre se escucha ya el himno de los Serafines, y es como si en dos se abriera el Sol.

XII

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira cómo viene la noche de cien años —y que ya ha llegado—y cómo desde su fondo en que las estrellas brillan solas, como el triple millar de lanzas de un campamento abandonado, levántanse las sombras heroicas. Grandes estaturas, grandes espadas, grandes cuerpos con almas como espadas dentro—y coronas: Kosciusko, Danton, Louverture, Bolívar, Martí, Garibaldi, Kanaris, Riego, San Martín, Lincoln, Nana—Sahib, Juárez y los quince mil Rojos de París. Y mira mi alma cómo empieza á podrirse el mundo á la manera de una manzana que germina; y cómo en los antros se mueve un enorme despertar de leones; y cómo los clamores han sonado tan fuerte, que Dios se ha inclinado á escucharlos desde lo Inefable, con una lágrima osceánica en su párpado donde duerme la lumbre de cien astros; y como la noche semeja una pira de grandes leñas pronta á empenecharse de llamas, por la obra de unas fuertes manos que salen del abismo, aptas para desanudar toda brida; y cómo en cada llaga parece que está encendida una antorcha, y cómo la Venganza, con su cabeza de niño cadavérico, baja á largos pasos la montaña de Sombra, conduciendo una trailla de perros negros, de perros verdugos, cuya sarna se pegará á todo lirio.

XIII

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira la Aurora venir en paz, y sobre la Aurora levantarse la Torre de oro. Y que la tierra está pacífica como una viña sobre los últimos días de un abuelo viejo; y que cada madre es como un jardín de almendros; y que el Sol viene, ardiente y bello, como un héroe joven que estrena sus armas; y que las piedras, y los árboles, y las bestias del mundo, levantan al cielo sus almas confusas, en el himno de todas las lenguas, de todos los números, en el himno que surge de la Torre de Oro, coronada Lira, Arbol musical, Cráter de armonías, Casa de las doradas virtudes—Torre de Gloria!

XIV

Y he aquí que todas las torres han caído, y que mi alma, suspensa en los aires como una lámpara apagada, mira descender á Dios sobre la Torre de Oro, única, y sobre los hombres, y que los hombres miran á Dios de frente. Entonces, oh armonía de los santos cielos! parece como si sobre una herida vieja se derramara un unguento de perlas finas; como si cada pecho estuviera lleno de música; como si cada pie calzara el torciopelo más rico; como si cada mano estuviera puesta sobre la cabeza de la Amada; como si cada lengua fuera un cantero de violetas.

XV

Y una voz se levanta diciendo: he aquí la Virgen que ha roto su prisión de seis mil años, para ofrendar á la Vida el jardín codiciado de su seno; he aquí sus cabellos, hé aquí su carne que el horror de la esterilidad marchita, y que en la gloria de la germinación florecen, como divinos adornos del trance luminoso. Y tú, hostia de mi comunión inacabada, viña de mi sed perpetua, mártir de mis desdichas extraordinarias—Astra—tú eres la Virgen que llega, con las puntas de tus senos doradas por el oro fúnebre de mis sepulcrales recuerdos; con la mirada de tus negros ojos, como una caricia prolongada en dos noches consecutivas; con la gracia turbadora de tus líneas bajo el sudario; con tus manos, sabias en la cosecha de los frutos nocturnos; con el tesoro de tus besos, tesaurizado en las angustiosas esperas—á gozar plenamente la hiperdulia de mi corazón desconocido. Porque ya es la Pascua sobre tu noche de seis mil años.

XVI

Y sobre la Torre de Oro aparecen las virtudes seráficas: el AMOR, vestido con todas las piedras preciosas del mundo. La ESPERANZA, cubierta con todas las flores de los climas. Y más alta, más alta, más alta sobre todas las oraciones, sobre todas las liras, vestida con el fulgor de todos los soles, saludada por el fervor de todas las alabanzas, como un corazón de oro fundiéndose en llamas, más alta, más alta, la Rosa resplandeciente: la FE,—en un formidable despedazamiento de astros.

LEOPOLDO LUGONES.



FRAGMENTOS.

Un rumor de hojas besadas por las brisas adormidas,
melancólico y suave....

Un rumor que se entumece vagamente entre las frondas
como un frufri de sedas en las largas avenidas,
donde suena el pio del ave
que ha ocultado la cabeza bajo el ala.... y en las ondas
indecisas de la atmósfera el fulgor de un plenilunio
que en la tierra aletargada su albo polvo cierne y llueve.....

En el alma temor leve,
ó fugaz presentimiento de algún próximo infortunio.

Un rumor de hoja seca estrujada en el sendero
por furtivo paso grave
de una sombra.... la de un árbol que á la luna cabecea,
como insomne sobre el nido palpitante de un alero.

Un rumor.... el de una llave
que se tuerce sordamente.... el relente que gotea
su humedad en la hojarasca, ó el chirrido de algún grillo
que su trova deja trunca, sin final en la espesura....

Un rumor.... la cerradura
que rechina en el misterio.... Vuelve el grillo á su estribillo.

Un rumor.... de voces rotas y suspiros apagados....

El favonio que despierta,
que se alza y que los brazos de los árboles agita
en la ráfaga de plata de los álamos copados,
de los cedros de la huerta,
en la rígida pirámide que se encorva, que crepita,
en los anchos abanicos de las palmas resonantes....
El rumor del arroyuelo que ora acrece más el viento,
desgranando va su acento,
como en páteras de oro gargantillas de diamantes.

Un rumor.... dos bocas juntas por el beso.... El viento arrocía.

Una nube apaga el astro,
nube prófuga en el cielo del brillante plenilunio;
en el soto obscurecido ríe un sátiro de Grecia....

Al través de un alabastro
ó de un velo ebúrneo brilla—¡oh letal noche de Junio!—
el claror pálido y tenue de la luna que agoniza.
Otro beso.... Ardientes, fijos, de la noche entre las gasas,
dos pupilas como brasas....
es Satán que sin ruido por el huerto se desliza.

Un rumor . . . el de las hojas de los lirios doblegados
 por las huellas invisibles
 de las hadas fugitivas en el seno de la noche,
 á la trémula vislumbre de los lagos irisados . . .
 En las cácteas inflexibles
 erizándose la púa, en las rosas roto el broche,
 casto sello de pureza; y las lágrimas del cielo
 emperlando los botones de las tersas amapolas,
 cuyos pétalos á solas
 se desprenden como alas sin alientos para el vuelo.

Oh la Casta! Oh la Pura! Un rumor . . . en el follaje . . .
 ¿hojas? ¿besos? . . . El ruido
 treme, marcha, crece, invade, y los términos atruena;
 es el bosque inmensa lira de fantástico cordaje
 por los vientos sacudido . . .

Un relámpago sin nubes el espacio cubre, llena . . .
 su salterio demoniaco despedaza el huracán . . .
 un arcángel pesaroso se desprende hacia los montes;
 y en los negros horizontes
 una risa, áspera risa . . . es la risa de Satán!

En la enorme caverna
 en que ruedan los astros,
 miré dos viejos—tristes inmortales:
 el Tiempo y el Espacio.
 De las cuencas sin luces de sus ojos
 brotaba algo muy tetro; era su llanto,
 corriente que inundaba el Universo,
 ay! la caverna enorme
 en que ruedan los astros.

Devoraban los seres y las cosas
 sus entrañas; sus labios
 secos y mudos parecían plegarse
 en una mueca mística de espanto;
 queriendo huir uno de otro, y siempre
 confundidos los dos en un abrazo,
 en un abrazo! . . . no, en imposible
 penetración acaso
 brutal de la materia en la materia,
 bajo el alma armonía de los astros.
 ¿Qué hacen? pregunté, y muy lejana
 clamó una voz con vibraciones de arco
 en un violín diabólico: interpela
 á la verdad y el pensamiento humanos:
 sus hijos son; y el eco vago, lento,
 se disipó en los términos del antro,
 del Universo, la caverna enorme
 en que ruedan los astros . . .

*
 * *

Y pensé en Dios!

La luz de la mañana
 las cumbres de los montes reteñía
 y cual crespones de color de oro
 los celajes arriba
 flotaban bajo el ala de los vientos,
 y en el azul del cielo se fundían.
 Número orquestación la de las aves
 en la fronda undulada por las brisas,
 de las corrientes sueltas por el beso
 del sol sobre la nieve de las cimas,

el despertar del caserío, el rudo
rumor de las vacadas pensativas,
las voces de los rústicos boyeros,
la alegre de la esquila,
el trabajo en sus múltiples faenas,
la explosión de la vida....

No luchaban el Tiempo y el Espacio;
los dos como arco iris se prendían
en mi espíritu atónito, insaciable
de Verdad y de Amor.... y de rodillas
caí dentro la gran Naturaleza,
en lágrimas bañadas las pupilas.

No era una caverna el Universo,
ni arena del Dolor y de la Ira:
era el palenque del Deber cumplido,
de Amor y de Esperanza fuente viva....

Mi alma era una hostia en el Espacio,
en el Tiempo una lira....

Y pensé en Kant!

JESÚS E. VALENZUELA.

“EN TIERRA YANKEE.”

(Notas á todo vapor).

LIBRO de JUSTO SIERRA.

La alta idea que siempre he tenido del sér artístico de Don Justo Sierra me hace suponer que en su viaje por los Estados Unidos estuvo fuera de la órbita en que rítmica y amorosamente se mueven los espíritus como el suyo.... En el periódico, en la tribuna, en la cátedra y en el libro, en estos dos últimos ejercicios, sobre todo, Justo Sierra se ha revelado siempre como un artista imperiosamente dominado por la voluptuosa tiranía de la belleza y cuyas pupilas al través de todos los aspectos de la vida, por enmedio de los múltiples episodios de la existencia se clavan al fin amorosas y extáticas, en un término último y eterno, en cierto punto del espacio adonde entre una atmósfera que llena de armoniosos y supremos temblores la lira de Homero, se levanta radiosa la Venus de Milo! Quiero decir que aunque Justo Sierra diseque un cactus económico, ó aborde uno de esos temas sociales glaucos y glutinosos, que puedan amasar todas las manos, siempre Justo Sierra tenderá á la Belleza por objetivo y siempre tenderá á esa Belleza musical y plástica como á un anhelado y supremo fin....

Justo Sierra es sobre todo artista; sobre todo poeta; su cerebro es para mí un diamante, pero cortado según ese tipo que los técnicos lapidarios llaman «talla en brillante;» la faceta capital, la que predomina, la que con más ardiente y luminosa policromía refleja el iris lleno de cóleras sangrientas, de áureas pompas, de estridentes anaranjados, de verdes acuáticos y de desfallecientes lilas, esa faceta culmina en el diamante para reflejar la luz y en el cerebro de Justo Sierra para reflejar el Arte. De igual manera que en la gema, pueden las facetas accesorias esplender, asimismo pueden en el cerebro del artista de quien me ocupo, revelarse otras

facultades, pero siempre subordinadas; en la piedra preciosa y en el poderoso cerebro, al núcleo luminoso y á la poderosa facultad estética....

Justo Sierra es literariamente ó al menos así quiero yo figurármelo, después de leer á Federico Nietzsche, como un artista *apolíneo*, al través de cuyo cuerpo marmóreo se ve correr aún la persistente sangre de Dyonisos: es un raro hermes, cuya base estuviera sumida en la tierra de las viñas de Sileno y cuya fuste de obscura nefrita emergiendo de un suelo báquico ó del *thimelé* de Dyonisos estuviese coronada por una testa de Apolo, por la testa lírica y marmórea del Apolo Musageta!

Hermosa y envidiable contextura para un artista! Reunir á la voluntad activa del hombre dyonisiaco, á su sensualidad, á su fuerza bruta, el ensueño etéreo y azul del hombre apolíneo; tener después de una embriaguez de vino, una embriaguez de estrellas! ser un hijo rubio del sátiro velludo; estar pegado á la naturaleza como la hamadryada á su árbol y luego ascender al cielo por la escala de oro de un astro ó por la escalinata blanca de la luna, en un vértigo musical ó en un suspiro de amor!

Así me complazco en imaginarme á Justo Sierra; poseyendo ambas culturas, la dyonisiaca ó trágica y sobre todo, la épica, la apolínea. Qué libro hubiera escrito ese artista, si asomado á la tribuna de Athenas, hubiera evocado entre las solemnes ruinas la Grecia de Pericles! Con qué seductor encanto nos hubiera mostrado á Iktinos marmorizando en el Parthenon su ensueño, á Menesiclés irguiendo los Propyleos, á Policletes fundiendo sus bronces y á Eufronios torneando y decorando sus esbultos y blancos léctos! Frente á las esfinges y á las cryo-esfinges de las salas hipostylas, en Tebas ó en Karnac, qué treno entonaría esa lira conmovida por los milenarios duelos faraónicos en el umbroso dintel de un hipogeo! Qué serie de aguas fuertes grabadas con las arquitectónicas magnificencias de un Piraneso, nos hubiera dado este artista después de atravesar las ciudades del Medio-évo,

Strasburgo ó Nuremberg; cómo nos hubiera hecho sentir á esa época que Verlaine hizo caber en su verso:

«Le Moyen Age enorme et délicat»

aquellos templos que fueron para Taine «una joya colosal de Orfebrería;» aquel gótico celebrado por Hugo y por Huysmans; el divino gótico lleno aún por la majestad románica en la «Nôtre Dame» de Luis VII y flameante y florido en las filigranas marmóreas, en las blondas lapídeas de Saint Maclou de Rouen. . . .!

Pero por desgracia, el poeta de la «Epístola al autor de los murmurios de la selva» no irá a Grecia su dilecta patria, ni el autor del «Beato Calazans» verá cuajarse en los góticos capiteles ó arder gloriosamente en los incendiados ventanales, los marmóreos florones de sus versos ni los pomposos colores de su fantasía. . . .

Irá á los Estados Unidos, y al describir su viaje quizás incurra en ese *snobismo* yankee que hoy está triunfando en esta tierra; quizás se norme por un *dilettantismo* cómodo ó quizás, y esto el lo más probable, crea, como el venerable John Ruskin, que hay que extraer la belleza aun de la misma fealdad. Esto es seguramente; hay en Justo Sierra una bondad inevitable que por fuerza tiene que ser un factor en cualquiera de sus actos. . . . Por manera que si al leer «En Tierra Yankee» os encontráis con la belleza, pensad que esa virtud, más que en el objeto, está en el espíritu de quien le contempló!

* * *

Hizo bien Justo Sierra el homérica, el apolíneo, en disfrazarse de burgomaestre brabantés durante su gira por los Estados Unidos. Contemplado en bloque su libro es plástico y sensual, es una serie de cartones pintados á la manera crasa y aceitosa de los holandeses, donde se percibe por entre el pomposo cortinaje retórico, la risa escéptica de Rembrandt en aquel auto retrato en que el maestro de Amsterdam levanta el rebosante *vidercome*. . .

Hay en esa serie de cuadros tan sugestivamente trazados, arranques en que el poeta busca una lira que intencionadamente ha olvidado. Al contemplar la catedral de San Patricio, la estatua de la Libertad de Bartholdi, las caídas del Niágara, el autor de «En Tierra Yankee» vibra con los preludios de una arpa eólica que desflorara un gran viento musical y sonoro; pero esa brisa épica dura sólo un instante; el arpa se vuelve á encontrar solitaria y pendiente de un árbol del desierto. Quizá vió el poeta que la pretenciosa catedral cristiana, á pesar de su mármol y de su magnificencia irritante, no era más que un *pastiche* de las catedrales consagradas por el fervor de una época; quizá pensó que «La Libertad» de Bartholdi, no obstante su inmensidad, carecía de la significación del Júpiter de Olympia, ó de los Budhas del Extremo Oriente, ó de aquella estatua de la muerte que el moderno escultor Cristophe soñó esculpir en una sola roca frente á París, sobre el cementerio «Lachaise». . . . Tal vez Don Justo no logró quedar á solas con ese Niágara, obstinadamente profanado por las agencias de

Niagaridades; el hecho es que después de triunfantes y líricos períodos en que el poeta lanza al azul figuras tan culminantes como las flechas del templo irlandés, tan ampliamente majestuosas como las caídas del Niágara, tan radiantes como la tea de la colosal «Libertad,» el mismo poeta no tiene reparo en hablarnos con sensual pantagruelismo, con holandesa burguesía de las ostras fritas, de la pecaminosa ensalada de langosta y del mejor *camembert* del «Nuevo Mundo!»

A promiscuidades semejantes tiene forzosamente que inducir el prosaico país por donde el poeta peregrinó! No creo que Don Justo Sierra se acordara del «arroz á la turca,» después de visitar la «Santa Sofía» de Constantinopla, ni que volviendo del Kremlin de los Czares tuviera una frase para el caviar ó para el sterlet del Volga. . . .

En el templo de Justiniano, corazón del arte bizantino, templo único y solitario, lleno de majestades arquitectónicas, y de refinamientos decorativos, qué nos diría Justo Sierra de sus artífices Anthemius é Isidoro? Qué nos diría de la viuda romana que donó las ocho columnas de pórfido arrebatadas al altar del sol, y cómo nos hablaría de aquellas pecadoras del Bajo Imperio, vestidas con trajes suntuosos, adornadas con joyas deslumbrantes que en el *matronikión* de «Santa Sofía,» con gruesos labios de bacantes, húmedos aún de besos y de vino, balbucían el primer salmo cristiano y volvían las espaldas á la última Venus para postrarse ante el primer icono macilento! . . .

Pero el fenómeno que subrayo era inevitable. Todo buen artista está á merced del mundo exterior, y Justo Sierra, á pesar de su lira sonora, no pudo cantar entre aquel tumulto de mercaderes; á pesar de sus alas, no pudo flotar sobre aquella tierra que tiene para todo lo que vuela una ley de gravedad incontrastable. Aquella atmósfera saturada de humaredas fabriles y de miasmas humanos, ahoga el perfume del lirio y apaga la trayectoria del bólido. Esa tierra, artísticamente, es una planicie ártica, un yermo polar, y son pirotécnicas sus aurores boreales; es un desierto cuyo oasis son de flores de trapo y cuyas cisternas mañan agua de seldtz. Es la tierra de lo artificial, la patria del *pastiche*, y aquella nación precoz y advenediza tiene tanto afán de leyenda, tal conciencia de su pobreza histórica, que llama Tebas ó Memphis á cualquiera estación de ferrocarril, á cualquier campamento de gambusinos, y en su afán de aristocracia titula á sus Cresos, á sus brutales millonarios, el Rey del Oro ó el Rey del Trigo. . . . Cuando John Ruskin en su «Religión de la Belleza» condena á la civilización moderna, parece que se encara con la patria del Tío Samuel: «Los caminos de hierro nos conducen más pronto que antaño á los paisajes preferidos del globo; pero antes de llevarnos, han comenzado por desfigurarlos con sus taludes y sus túneles. . . . y cada nueva vía férrea, prolongándose como una arruga sobre la faz de la patria, borra algún rasgo de su belleza. . . . Podrá existir aún la Belleza en el Arte cuando ya no existe en la vida. . . .?»

Algo como esa tristeza ruskiniana debe haber experimentado Justo Sierra durante su viaje por los Estados Unidos; pero quizás prefirió revestirse de

una superficial bon homia, á enseñarnos las internas rebeliones de su alma y las náuseas secretas de su espíritu!

Yo entreveo bajo el brillante barniz de optimismo que reviste el volumen: «En Tierra Yankee» una sombra indistinta pero densa. Justo Sierra no llega en su libro á formular ninguna conclusión pesimista, y sin embargo, entre renglón y renglón yo noto algo que se estremece con tristeza, que desfallece con penetrante melancolía. Es la falta de entusiasmos, ese Hossana; el grito de glorificación se espera en vano; el ¡Ave! no surge, el poeta aun enfrente del Capitolio levanta apenas su vuelo y cubre con su mano las vibraciones áureas de su lira.

Justo Sierra ha dicho que el solo propósito de su libro es «consignar en rápidas noticias su sensaciones causadas únicamente por el aspecto exterior de las cosas en aquel interminable país.»

Quizá por eso vele su espíritu y no nos deje ver cómo turbó su alma el espectáculo de la humanidad yankee; quizá por eso los lectores del poeta apolíneo presintamos sin conocerle esa tristeza que un alma de artista debe haber sentido frente al Caos, frente al *neant* estético de ese país que con su industrialismo y su riqueza insolente ha matado á la Belleza; que con el despotismo de su régimen bancario y capitalista ha agotado la poesía del mundo y que con su criminal egoísmo ha asesinado al Amor!....

* *

De todos modos, en el libro de Justo Sierra hay mucho que admirar. Qué percepciones tan enérgicas y qué manera admirable de transmitir las! Qué lenguaje, qué léxico, qué riqueza de vocablos! Los académicos compañeros del autor, deben estar desconcertados.... Justo Sierra es tan neólogo como el más flamante modernista... El libro «En Tierra Yankee» es admirable, y si algo lamento es no poder hablar en detalle de sus incontables bellezas. Ojalá y pudiera seguir al poeta paso á paso y ser un eco que recogiera las sonoridades de su voz y la onda que prolongara la estela con que marcó su huella; pero tengo que concluir, y al voltear la última hoja del libro «En tierra Yankee,» se me figura ver al autor que atraviesa el árido país, como un magnate radioso y opulento guiando á su caravana y que para alentar á los viajeros, á pesar de su propio desconsuelo, les habla en medio de las abrasadas arenas, de oasis y de espejismos, de verdes palmeras y de cisternas azules, de un harem perfumado y de una Meca ideal.....!

JOSÉ JUAN TABLADA.

México.—1899.

INVOCACION

(LUCRECIO, DE NATURA RERUM. LIBRO I.)

Aeneadum genitrix diyum
hominumque voluptas... *

De dioses y hombres inmortal delicia,
Madre de Eneas de quien Roma es vástago,

¡Alma Venus! Que á par fecundas próspera
Bajo el cielo en que en orden van los astros,
Las frugíferas glebas y los mares
Que surcan siempre resonantes barcos!
Por tí que todo lo concibes, brotan
Los seres y el sol miran; huyen raudos
De tí vientos y nubes; rinde el suelo
Sus flores á tus pies; del Ponto vasto
Te sonrien las olas, y se inundan
En nueva luz los cielos aplacados.
Apenas visten su vernal ropaje
Los días, y Favonio, roto el claustro,
En germinantes auras se desata,
Te anuncian con sus férvidos reclamos
Las aves, y caldean en tu fuego
Su sangre generosa los rebaños
Que triscan por las húmidas praderas
Y los bullentes ríos cruzan rápidos....
Todo te sigue en la natura, todo
Corre vencido en pos de tus encantos.

Sí, cuanto vive en mares y montañas,
En el agua que rompe entre peñascos,
En los nidos ocultos por las frondas,
En los verdinos florecientes campos,
Se siente lleno al punto del dulcísimo
Calor que se difunde con tu hálito
Y hace que se propaguen las especies
El deseo prolífico avivando.

Y pues tú sola en la Natura reinas,
Pues que á la luz, sin tí, nada ha brotado,
Ni nada amar, ni amor inspirar puede,
Asóciate á mis métricos ensayos
Y dictame un poema en que consiga
Contar el *Universo*, á un sér que amo,
A Memmio, que ha vivido en todo tiempo
De tus excelsos dones al amparo:
Inspirame y revista el verso mio
Tu muelle gracia y tu perenne encanto.

Pero haz antes que el bélico ardimiento
Cese; que tierra y mar hallen descanso.
¡Oh! sí, sola tú puedes, la serena,
La grata paz enviar á los humanos;
Pues Marte, el dios que armipotente rige
El combate feral, inerme y manso
Yacer suele rendido por el fuego
De una eterna pasión, en tu regazo:
La varonil cabeza echada entonce
Hacia atrás, bebe en tus miradas ávido
Placer inagotable, con el alma
Ebria de amor, pendiente de tus labios.

En el momento en que descansa ¡oh Diosa!
Sobre tu cuerpo inmarcesible y sacro,
Envuélvelo en caricias y le pide
Con tierna voz, la Paz para el Romano;
Porque los duelos de la Patria ahuyentan
De mí la calma amiga del trabajo,
Y absorto en la salud del Pueblo, Memmio,
No ocupará su espíritu en mis cantos.

JUSTO SIERRA.

BELLAS ARTES.



RETRATO POR J. RUELAS.

BALADA DE LA CARCEL DE READING.

I

No tenía ya su túnica escarlata, pues la sangre y el vino son rojos, y en sus manos había sangre y vino cuando se le encontró con la muerta, la pobre mujer muerta que él amaba y á quien había matado en su lecho.

Iba él entre los Detenidos, en traje de un gris plomizo. En su cabeza un gorro de cricket; su paso parecía ligero y alegre; pero nunca he visto á un hombre mirar, como él, tan intensamente el día.

Nunca he visto á un hombre mirar con un ojo tan intenso esa pequeña tienda azul que los prisioneros llaman el cielo, y cada nube que bogaba y pasaba con su velamen de plata.

Iba yo junto con otros penados, y me preguntaba si ese hombre había cometido mucha ó poca falta, cuando una voz detrás de mí murmuró muy bajo: *aquel será ahorcado.*

Ah Cristo! Los muros mismos de la prisión parecieron cambiar súbitamente, y el cielo encima de mi cabeza se tornó como en un casco de acero candente; y á pesar de ser yo también un penado, mi pena ya no pude sentirla.

Supe entonces qué pensamiento furtivo apresuraba su paso, y por qué contemplaba la fastidiosa claridad del día con ojo tan intenso. Ese hombre había matado á la que amaba, y por esto debía morir.

Sin embargo, cada hombre mata á sabiendas lo que ama: unos lo hacen con una mirada de odio, otros con palabras acariciantes, el cobarde con un beso, el hombre valeroso con una espada!

Unos matan su amor cuando son jóvenes, otros, cuando son viejos; algunos lo estrangulan con las manos del Deseo y otros con las manos del Oro: los mejores se sirven de un cuchillo, pues en seguida los muertos se enfrían.

Se ama muy poco, ó se ama largo tiempo: se vende el amor y se le compra; algunas veces se perpetra el hecho con muchas lágrimas, y algunas veces sin un suspiro; pues cada uno de nosotros mata lo que ama, y sin embargo, ninguno muere por ello.

Y el que tal hace no muere de muerte infamante en un día de sombría desgracia; no siente en torno de su cuello el nudo corredizo, ni la careta sobre su rostro; no siente á través de la plancha caer sus pies en el vacío.

No permanece entre hombres silenciosos que le espían día y noche; que le espían cuando quisiera llorar, ó cuando trata de orar; que le espían por temor de que le robe á la prisión su presa.

No se despierta á la aurora para ver figuras espantosas agrupadas en su celda, al Capellán que tiembla, vestido de blanco, y al Juez severo con compunción, y al Gobernador, todo de un negro ceremonioso, con un rostro amarillo de Juicio Final.

No se levanta con prisa lamentable para revestirse con su traje de condenado, mientras que el Doctor de boca grosera entorna los ojos, y toma nota de cada gesto grotesco y de cada contracción nerviosa, manejando un reloj cuyos débiles tic-tacs, son como los golpes sordos de un horrible martillo.

No conoce esa sed torturadora que enarena la garganta, antes de que el verdugo, con sus guantes de grueso cuero, se deslice por la puerta y os maniate con tres correitas, con el fin de que vuestra garganta no tenga jamás sed.

No se inclina para escuchar la salmodia de los oficios de los Muertos, y en tanto que el terror de su alma le asegura que no está muerto, no tropieza con su propio féretro, al entrar bajo el horrible tinglado.

No arroja una postrer mirada al cielo, al través de un pequeño techo de vidrio; no ruega con labios de arcilla que su agonía sea breve; no siente sobre la mejilla temblorosa el beso de Caifás.

II

Durante seis semanas nuestro soldado hizo su paseo en el patio, con su traje de un gris plomizo; sobre la cabeza el gorro de cricket, y su paso parecía ligero y alegre. Pero jamás he visto un hombre fijarse tan intensamente en el día.

Jamás he visto á un hombre mirar con ojo tan intenso hacia esa pequeña tienda azul que los prisioneros nombran cielo, y hacia cada una de las nubes errantes que arrastraban su toisón aterciopelado.

No retorcia las manos, como esos hombres insensatos que tratan de hacer vivir á la Esperanza, esa niña maldita, en la bóveda de la negra Desesperanza. No miraba más que el cielo y bebía el aire de la mañana.

No retorcia las manos, ni lloraba, ni siquiera se acongojaba; pero bebía el aire como si contuyera

alguna virtud anodina; bebía á plena boca el sol como si hubiese sido vino!

Y los demás penados y yo, que nos paseábamos en el otro patio, llegábamos á olvidar si habíamos cometido mucha ó poca falta, y observábamos con una mirada de lúgubre asombro al hombre que debía ser ahorcado.

Y era extraño verle tan ligero y tan alegre; y era extraño verle fijarse tan intensamente en el día; y era extraño el pensar que tenía que pagar una tal deuda.

El olmo y la encina tienen un follaje agradable que brota en el momento de la primavera; pero es odioso ver el árbol del patíbulo con su raíz mordida por las víboras, y, verde ó mustio, que un hombre deba morir antes de que ostente su fruto!

El lugar más alto es ese sitio de gracia al cual tienden todos los esfuerzos ambiciosos; pero quién desea encontrarse con una corbata de cáñamo, suspendido sobre un andamio, y al través del collar mortal arrojar la última mirada al cielo?

Es dulce bailar al son de los violines cuando el Amor y la Vida son propicios; bailar al son de las flautas y de los laudes es delicado y raro; pero no es nada dulce bailar en el aire con pie ágil.

Así, con ojos curiosos y enloquecientes suposiciones, le observábamos día á día, y nos preguntábamos si cada uno de nosotros no acabaría de esa misma manera, pues nadie es capaz de prever hasta qué rojo infierno puede su alma ciega sepultarle.

Al fin el condenado no se paseó más con los Detenidos, y supe que permanecía en pie en la horrible caja negra á donde comparecen los acusados, y que nunca más en este suave mundo del Señor vería su rostro.

Como dos navíos en peligro que pasan en la tormenta, nos habíamos cruzado en el camino; pero no nos hicimos ningún signo, no nos dijimos la menor palabra y no tuvimos ninguna palabra que decirnos, pues no nos habíamos encontrado en la noche santa sino en el vergonzoso día.

Un muro de prisión nos rodeaba á ambos, éramos dos desheredados; el mundo nos había lanzado de su seno, y Dios fuera de Su solicitud, y la tronera de fierro que aguarda al Pecado nos había apresado en su trampa.

III

En el patio de los grandes Deudores el pavimento es rudo y los muros rezumantes son elevados, y era allí donde él tomaba aire bajo el cielo de plomo, y á cada lado de él marchaba un Guardia, por temor de que el hombre no muriera.

O bien se sentaba con aquellos que espían su angustia noche y día; que le espían cuando se levantaba para llorar ó se prosternaba para orar

que le expiaban por miedo de que él mismo arrebatara al patíbulo su presa.

El Gobernador era inflexible con los Artículos del Reglamento; el Doctor decía que la muerte no era más que un hecho científico, y dos veces al día el Capellán llegaba y le dejaba un pequeño tratado.

Y dos veces al día fumaba su pipa, bebía su bock de cerveza; su alma estaba resuelta y en ningún rincón de ella podía el miedo ocultarse: decía á menudo que le complacía que estuviesen ya próximas las manos del verdugo.

Pero la causa porque decía tan extraña cosa ningún guardián osaba preguntarle, pues al que le ha sido dada la tarea de guardián, debe poner un candado en sus labios, y hacer de su rostro una máscara.

Pues de lo contrario habría podido emocionarse y ensayar de fortalecer y de consolar. Y qué podía hacer la Piedad Humana encerrada en el Antro de los Castigos? qué palabra de gracia en tal sitio podía socorrer al alma de un hermano?

Como una marcha pesada y balanceada, alrededor del patio ejecutábamos la Parada de los Locos. Qué nos importaba! Sabíamos ser la Brigada del Diablo, y cabezas rapadas y pies de plomo forman una jovial mascarada.

Desgarrábamos, brizna á brizna, la cuerda barnizada, con nuestras uñas gastadas y sangrientas; frotábamos las puertas; lavábamos el piso; anegábamos los barrotes lucientes; y por grupos, enjabonábamos las cadenas, golpeando ardientemente los cubos.

Se cosían los sacos, y se rompían las piedras, y se volteaba la laja polvorosa; se chocaban las gamellas; se entonaban himnos; se sudaba sobre el molino: pero en el corazón de cada uno el terror se ocultaba tranquilo.

Tan tranquilo era, que los días corrían como una ola obstruida por las hierbas; y olvidábamos el áspero destino que espera al engañador y al infame, hasta que una vez, al regresar de alguna tarea, pasábamos cerca de una tumba abierta.

Como una boca abierta el hoyo amarillo bostezaba, en espera de su ración viva; el fango mismo pedía sangre en el patio de asfalto removido; y supimos que antes de la aurora rubia algún prisionero oscilaría en el cadalso.

Todos rígidos, entramos, con el alma atenta á la Muerte, al Espanto y al Destino; el verdugo, con su saquito, pasó arrastrando los pies, en las tinieblas, y cada prisionero tembló deslizándose en su tumba numerada.

Aquella noche los corredores vacíos se llenaron de formas pavorosas y de alto á bajo de la Ciudad de Fierro, sentíanse pasos furtivos que no podían distinguirse, y al través de los barrotes que ocultaban las estrellas, caras blancas parecían mirar curiosamente.

El reposaba como quien duerme y sueña sobre la hierba dulce de una pradera; los guardianes contemplaban cómo dormía, sin poder comprender que se pueda dormir un sueño tan apacible con el verdugo al alcance de la mano.

Pero no hay sueño para aquellos que, sin haber nunca derramado una lágrima, sienten el deseo de llorar; así, nosotros, los engañadores, los fraudulentos, los infames, hicimos esa interminable velada, y, al través de cada cerebro, sobre sus manos de Dolor, la pena de otro se deslizaba rastrera.

Ah! Es una cosa espantosa experimentar el delito de otro! Recta al alma, la espada del Mal, envenenada, nos penetraba hasta su empuñadura; y como plomo fundido fueron las lágrimas que derramábamos por una sangre que no habíamos vertido.

Los guardianes, con su calzado de fieltro, se deslizaban por las puertas encadenadas, y por entre los barrotes examinaban, y veían, con ojos de asombro y de temor, formas grises prosternadas; y se preguntaban por qué se arrodillaban para orar aquellos que jamás habían orado.

Durante toda la noche, de hinojos, oramos, haciendo, dementes, el duelo de un cadáver! Las plumas agitadas de la alta noche eran como los penachos de una carroza funebre; y como un vino agrio en una esponja era el sabor del remordimiento.

El gallo gris cantó, el gallo rojo cantó; pero el día no llegaba nunca. Formas tortuosas de Terror se agazapaban en los rincones donde yacíamos y cada espíritu maligno que se balanceaba en las tinieblas parecía jugar delante de nosotros.

Ellos resbalaban y pasaban, resbalaban rápidos, como pasando sobre la bruma. Imitaban la luna en un rigodón de figuras y de contorsiones delicadas; y con pasos ceremoniosos y gracias odiosas los fantasmas llegaban á la cita.

Con muecas y chuscadas les vimos pasar, frágiles sombras, las manos en las manos; en ronda, en ronda, en una batahola espectral, danzaban una zarabanda; y los condenados grotescos hacían arabescos como el viento en la arena!

Con piruetas de fantoches, danzaban ligeramente sobre las puntas de los pies; pero con las plantas del miedo golpeaban el oído, dilatando allí su horrible mascarada, y ardientemente cantaban, y largamente cantaban, pues ellos cantaban para despertar á los muertos.

«Oh!—exclamaban—el mundo es vasto; pero los miembros trabados van en él tropezando, y una vez, ó dos veces, despojarse de ellos es un juego distinguido y exquisito; pero no gana quien juega con el Pecado en la Casa de la Vergüenza.»

No eran absolutamente formas aéreas estos seres grotescos que brincaban con tal alborozo; para aquellos cuyas vidas estaban retenidas, encadenadas, y cuyos pies no podían ir libremente, ah! llagas de Cristo! eran vivientes y terribles.

En ronda, en ronda, valsaban y remolineaban; algunos volvían en parejas melindrosas; con pasos afectados de semi-virtuosos, algunos trepaban las escaleras, y con sutiles sarcasmos y miradas acariciantes cada uno nos asistía en nuestras oraciones.

El viento de la mañana comenzaba á gemir, pero la noche continuó. En su trabajo gigante del tisú de las tinieblas resbaló hasta que cada hilo fué tejido; y mientras que rezábamos, el miedo nos sequestraba á la Justicia del Sol.

El viento gemebundo vino á vagar en torno de los muros de la prisión; hasta que, como una rueda de acero que voltejeara, penetrarnos los minutos sentimos. Oh viento gemebundo! qué habíamos hecho para sufrir tal desvelo?

Al fin, ví las sombras de los barrotes, como un enrejado de plomo pulido, proyectarse sobre el muro blanqueado de cal que hacía frente á mi lecho de planchas, y supe que en cierta parte del mundo la aurora terrible de Dios era roja.

A la seis cada cual limpió su celda; á las siete todo estaba tranquilo; pero el estremecimiento y el silbido de un viento potente parecían llenar la cárcel, pues el Señor de la Muerte, de hálito glacial, había entrado para matar.

No pasó en una púrpura pomposa, y no cabalgaba sobre un corcel de blancura lunar. Tres metros de cuerda y una plancha corrediza era todo lo que necesitaba su potencia: así con la cuerda de oprobio el Héroe vino á hacer su obra secreta.

Estábamos como gentes que en un pantano de inmundicia obscuridad avanzan á tientas. No osábamos suspirar una plegaria, ni dar salida á nuestra angustia; algo había muerto en cada uno de nosotros, y lo que había muerto era la Esperanza.

Pues la feroz Justicia del Hombre siguió derecha su camino sin permitirse el menor desvío: ella arrolla al débil, arrolla al fuerte, su marcha es implacable; con un talón de hierro aplasta al fuerte, la monstruosa parricida!

Esperábamos el golpe de las ocho: nuestras lenguas estaban espesas y alteradas, pues el golpe de ocho era el golpe del Destino que iba á hacer maldito á un hombre, y el Destino emplea un nudo bien corredizo, para el hombre mejor y para el peor.

No teníamos que hacer otra cosa sino esperar á que llegara la hora. Así como las rocas en un valle solitario, estábamos sentados inmóviles y mudos; pero el corazón de cada uno latía rudo y rápido, como los golpes de un loco sobre un tambor.

Con un choque súbito, el reloj de la prisión sacudió el aire tembloroso, y de la Cárcel toda se alzó un gemido de desesperación impotente, como el grito—que escuchan espantados los pantanos—de algún leproso en su guarida.

Y así como se ven las más horripilantes cosas en el cristal de un sueño, vimos la oleosa cuerda de cáñamo colgada de la viga ennegrecida, y percibi-

mos la oración que el lazo del verdugo estranguló en un gran grito.

Y el dolor que le sacudió fué tal que lanzó aquel grito horrible, y sus remordimientos desgarradores y sus sudores de sangre, nadie los conoció tan bien como yo: pues el que vive más de una vida debe morir también más de una muerte.

IV

No hay oficio el día en que se ahorca á un condenado: el corazón del Capellán está muy enfermo, ó su rostro demasiado lívido, ó hay escrito en sus ojos lo que nadie debe ver.

Así nos guardaron encerrados hasta cerca de medio día, y entonces tocaron la campana, y los guardianes con sus llaves chirriantes abrieron cada celda, y descendimos pesadamente la escalera de hierro, cada uno fuera de su respectivo infierno.

A la salida, al dulce pleno aire de Dios, anduvimos, pero no de la manera acostumbrada, pues la faz de éste estaba blanca de miedo y la de aquel, gris, y nunca he visto á hombres tristes contemplar tan intensamente el día.

Nunca he visto á hombres tristes mirar con un ojo tan intenso esa pequeña tienda azul que nosotros, los presos, llamamos cielo, y cada nube indiferente que pasaba en dichosa libertad.

Pero había entre todos, algunos que marchaban con la cabeza baja, y sabían que, si hubieran tenido su merecido, deberían morir: él no había matado sino una cosa que vivía, mientras que ellos habían matado una cosa muerta.

Pues el que peca una segunda vez despierta al sufrimiento á una alma muerta, y la saca de su sudario manchado, y la hace sangrar de nuevo, y la hace sangrar anchas gotas de sangre, y la hace sangrar en vano!

Cual monos, ó clowns, en monstruoso aparato, estrellado de flechas de dibujo irregular, silenciosamente, íbamos alrededor del patio de asfalto resbaladizo; silenciosamente íbamos siempre en torno, y nadie decía una palabra.

Silenciosamente íbamos siempre en torno, y en cada cerebro hueco, la Memoria de cosas terribles se abismaba como un terrible viento; y el Horror se paraba delante de uno y el Terror se arrastraba detrás.

Los guardianes se pavoneaban de aquí y de allá, custodiando su tropa de brutos; sus uniformes estaban todos nuevos y eran el traje de los Domingos; pero nosotros sabíamos, por la cal viva de sus zapatos, en qué tarea habían estado.

Pues allí donde la tumba está abierta grandemente, no existe ya tumba verdadera: tan solamente un poco de tierra y arena cerca del muro odioso de la prisión, y un corto montón de cal llameante, á fin de que el hombre tenga su paño mortuario.

Pues tiene un paño mortuorio el desgraciado, tal como pocos pueden reclamarlo; muy al fondo, debajo de un patio de cárcel, desnudo para mayor vergüenza, con cadena en cada pie, envuelto en un paño de flama!

Y durante todo el tiempo la cal ardiente le devora la carne y los huesos; le roe los huesos frágiles durante la noche, y la carne tierna durante el día; le come los huesos y la carne por turno, pero le roe el corazón sin cesar.

Durante tres largos años no se sembrará ni se plantará allí: durante tres largos años el lugar maldito será estéril, y mirará el cielo asombrado con una mirada sin reproches.

Creer que un corazón de ajusticiado corrompería la más pequeña semilla que se siembre. Esto es cierto! La benévola tierra de Dios es más generosa de lo que se figuran los hombres, y la rosa roja se abriría allí más roja y la rosa blanca más blanca.

De su boca brotará una roja, roja rosa! De su corazón, una blanca! Pues ¿quién puede decir de cuán extraño modo manifiesta Cristo Su voluntad; desde que el bastón seco que llevaba el peregrino floreció á la vista del Papa?

Pero ni la rosa de blancura láctea ni la roja pueden florecer en el aire de una prisión: tiestos, guijarros, sílex, son los que las producen, pues se sabe que en ocasiones las flores han apaciguado la desesperación del hombre simple.

Así jamás la rosa del rojo del vino, ni la blanca, pétalo por pétalo, caerán sobre ese poco de tierra y arena cerca del muro odioso de la prisión, para decir á los hombres que pasan por el patio que el Hijo de Dios murió por todos.

Yace en paz—el miserable—en paz, ó lo estará muy pronto: allí no hay nada que pueda enloquecerle, y el Terror no se pasea allí á pleno día, pues la tierra sin claridad, en la cual reposa, no tiene ni Sol ni Luna.

Le colgaron como se cuelga á una bestia: no doblaron ni una vez, para que su alma despavorida hubiera podido tener algún apaciguamiento, sino que precipitadamente le cargaron y le arrojaron en un hoyo.

Le despojaron de su vestido de tela, y le abandonaron á las moscas: burlándose de su cuello purpuro é hinchado, y de sus ojos puros y fijos, y con grandes risas amontonaron el sudario bajo el cual el condenado reposa.

El Capellán no se arrodillará al borde de esa tumba deshonrada, y no la señalará con la Cruz bendita que el Cristo á los pecadores dió, porque aquel hombre era uno de los que Cristo descendió á salvar.

Sin embargo él está allí bien; no ha hecho más que franquear los límites conocidos de la Vida: y por él lágrimas extrañas llenarán la urna rota de la Piedad, pues esos llantos serán los retornos; los retornos que siempre lloran.

V

Ignoro si las leyes son justas ó si las leyes son erróneas; todo lo que sabemos nosotros, los cautivos de la Ergástula, es que los muros son sólidos, y que cada día es como un año, un año cuyos días fuesen largos.

Pero si sé esto: que toda Ley que los hombres han hecho para el hombre, después de que un hombre le robó la vida á su hermano y que el mundo de la aflicción comenzó, toda ley dispersa el buen grano y guarda la valija con lo peor del harnero.

Sé también esto... y cuánto sabio habría si cada cual pudiera saber lo mismo... que cada prisión que levantan los hombres está construida con los ladrillos de la infamia, y cerrada con barrotes, por miedo de que Cristo vea cómo los hombres mutilan á sus hermanos.

Con barrotes desfiguran la luna graciosa, y ciegan el buen sol: y hacen bien en ocultar su Infierno, pues pasan en él cosas que ni el Hijo de Dios ni los hijos de los hombres debieran ver nunca.

Las acciones más viles, como hierbas emponzoñadas, se desarrollan en el aire de la prisión: y tan sólo lo que hay de bueno en el hombre es lo que se apaga y se marchita allí: la pálida Angustia vela sobre la pesada barra, y el guardián de la Desesperanza.

Pues dejan hambriento el pequeño niño aterrorizado, hasta que lllore noche y día; flagelan al débil, maltratan al idiota, y se mofan del viejo gris, y algunos enloquecen, y todos empeoran, y ninguno puede decir una palabra!

Cada estrecha celda que habitamos es una infecta y sombría letrina, y el hálito fétido de la muerte viviente sofoca cada ventana enrejada, y todo, salvo el Deseo, es reducido á polvo en la máquina Humanidad.

El agua salobre que bebemos deslízase con una especie de limo nauseabundo, y el pan agrio, que pesan con cuidado, está del todo adulterado con creta y cal, y el sueño jamás descansa, sino que marcha con los ojos torvos, implorando al Tiempo.

Pero aunque el hambre enflaquecida y la sed livida combaten de continuo, así como un áspid y una víbora, uno se cuida poco de la comida de la cárcel, pues lo que hiela y mata enteramente es que cada piedra que levantáis durante el día se convierte en vuestro corazón por la noche.

Con densa noche siempre en el alma y el crepúsculo en la celda, dábamos vuelta al manubrio, y deshilachábamos la cuerda, cada cual en su respectivo infierno, y el silencio era más formidable que el son de las campanas de bronce.

Y jamás una voz humana se acerca á decir una palabra dulce: y el ojo que vigila al través del enrejado es implacable y duro, y de todos olvidados nos podremos y podremos, con el cuerpo y el alma cancerados.

Y enrollarnos la cadena de la vida, envilecidos y solitarios, y algunos prefieren maldiciones, y otros lloran y otros exhalan el menor suspiro; pero las leyes eternas de Dios son indulgentes y rompen el corazón de piedra.

Y cada corazón humano que se rompe en un patio ó en una celda de cárcel, es como ese cofre roto que dió su tesoro al Señor y llenó la morada del leproso con el más precioso aroma de nardo.

¡Ah felices aquellos cuyos corazones pueden romperse y ganar la paz del perdón! ¿Cómo podría de lo contrario reglamentar el hombre su conducta y purificar su alma del pecado? En donde, sino en un corazón roto, podría entrar el Señor Jesucristo?

Y el hombre del cuello purpurado é hinchado, y de los puros ojos fijos, aguarda las manos santas que rueguen por él al Buen Ladrón del Paraíso, y el Señor no desprecia el corazón roto y contrito.

El hombre vestido de rojo que lee la Ley le acordó tres semanas de vida; tres pequeñas semanas para curar su alma y para purificar, de la más mínima gota de sangre, la mano que empuñó el cuchillo.

Y con lágrimas de sangre se purificó la mano, la mano que tuvo el acero; pues sólo la sangre puede borrar la sangre, y sólo las lágrimas pueden curar: y la mancha carmesí de Caín convirtiéndose en Cristo en el sello de blancura nevada.

VI

En la cárcel de Reading, cercana á la población, hay una tumba de infamia, y allí yace un miserable devorado por dientes de llama; en un sudario ardiente yace y su tumba no tiene nombre.

Y allá estará hasta que Cristo llame á los muertos, que reposen en silencio; no hay necesidad de prodigar lágrimas insensatas ó de lanzar acongojados suspiros: aquel hombre había matado á la que amaba, y por esto tuvo que morir.

Y sin embargo, cada uno mata lo que ama; que todos escuchen esto: los unos lo hacen con una mirada de odio, los otros con palabras acariciadoras, el cobarde con un beso, el hombre valeroso con una espada!

OSCAR WILDE.
(Traducido por D. H.)
Buenos Aires.

MISTICA.

DEL LIBRO "SAGESSE" DE PAUL VERLAINE.

Al Ilmo. Sr. J. aquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz.

¡Oh Dios, de amor mi corazón heristeis
Y la herida de amor está sangrando!
¡Oh Dios, de amor mi corazón heristeis!

¡Oh Dios, vuestro temor me va inundando
Y me abrasa su ardiente quemadura!
¡Oh Dios, vuestro temor me va inundando!

¡Oh Dios, me horrorizó mi vida impura
Y hasta mi descendió soplo divino!
¡Oh Dios, me horrorizó mi vida impura!

Abóguese mi alma en vuestro Vino,
Confúndame en el Pan de vuestra mesa,
Abóguese mi alma en vuestro Vino.

He aquí mi carne indigna de la huesa,
He aquí mi sangre, nunca derramada,
He aquí mi carne indigna de la huesa.

Aquí tenéis mi frente avergonzada
Para escabel de vuestros pies preciosos,
Aquí tenéis mi frente avergonzada.

Aquí tenéis mis músculos ociosos,
Haced para el incienso ascua mi mano,
Aquí tenéis mis músculos ociosos.

Mi corazón, que siempre latió en vano,
Recorra del Calvario los senderos,
Mi corazón que siempre latió en vano.

He aquí mis pies, los frívolos viajeros,
Para acudir al grito de la gracia,
He aquí mis pies, los frívolos viajeros.

He aquí mi voz, pregón de la falacia,
Para gemir arrepentidas preces,
He aquí mi voz, pregón de la falacia.

Luminares de error fueron mil veces
Mis ojos ¡ay!.....apáguelos el llanto!
Luminares de error fueron mil veces.

¡Oh Dios de ofrenda y de perdón, Dios Santo!
La ingratitud de mi alma me consterna,
¡Oh Dios de ofrenda y de perdón, Dios Santo!

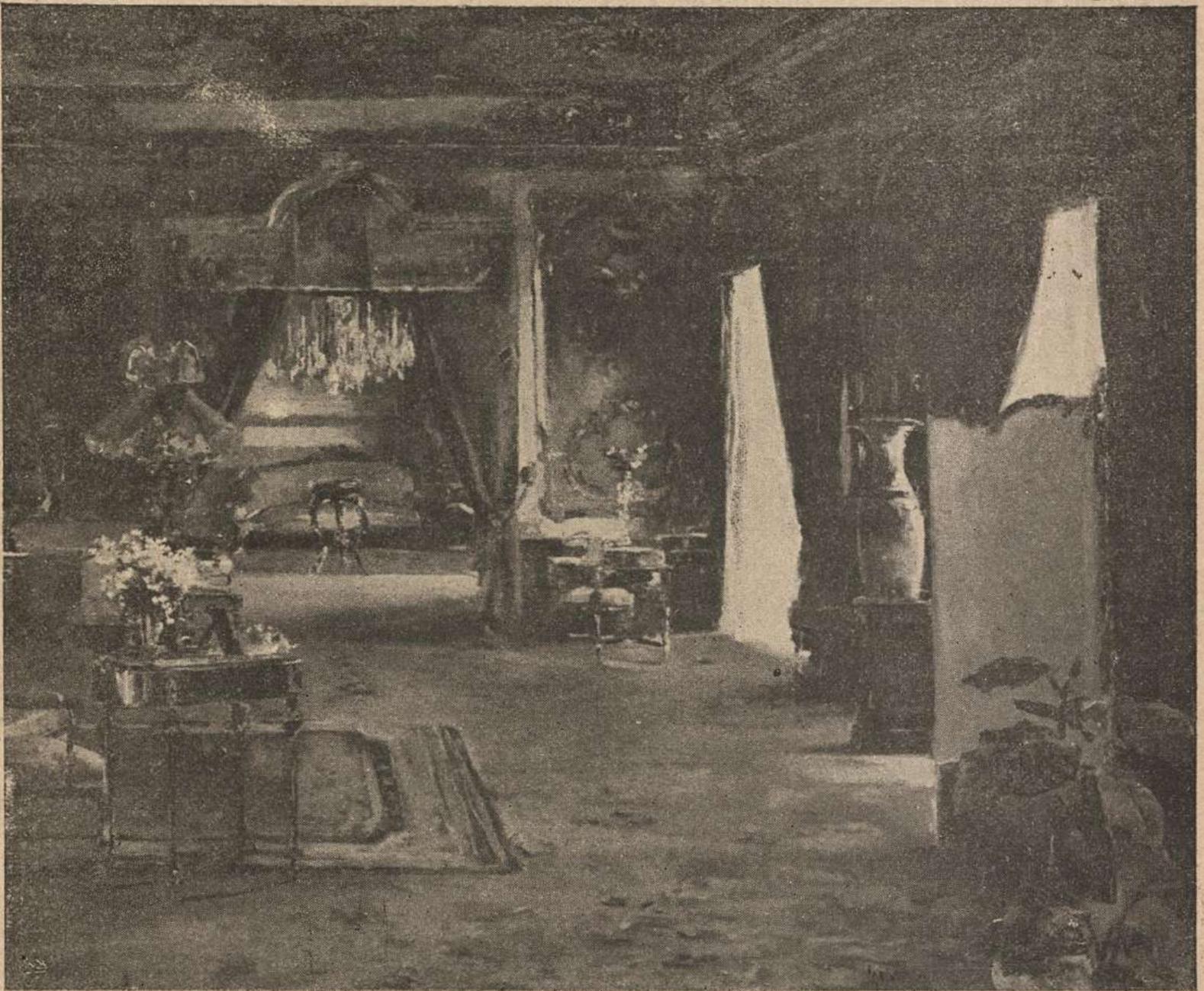
Dios de terror y santidad eterna
¡Qué negro es el abismo de mi crimen,
Dios de terror y santidad eterna!

¡Oh Dios de paz, las dudas que me oprimen,
Mis temores, mis culpas y mi lodo,
¡Oh Dios de paz, las dudas que me oprimen,

Todo lo conoceis, lo sabeis todo
Y cuán pobre ha de ser cuanto posea;
Todo lo conoceis, lo sabeis todo;
Mas lo que tengo, ¡oh Dios! que vuestro sea.

BALRINO DÁVALOS.

BELLAS ARTES.



INTERIOR, POR F. MAS.

NOTAS SOBRE JORGE RODENBACH.

(VERSION DE LA «REVISTA MODERNA.»)

I

Edmundo de Goncourt, que no era muy afecto á los Poetas, ó más bien, que gustaba de muy pocos Poetas, me decía un día cuando hablábamos de Rodenbach.

—Ah! ese sí, es mi Poeta.

Lo admiraba mucho, y era porque los dos, el viejo prosista y el joven Poeta, tenían sobre muchos puntos de vista, tanto del arte como de la vida, una comprensión semejante y gustos paralelamente refinados. Los dos tenían un amor violento por la vida, una sensibilidad ante la vida que llegaba á veces hasta la exasperación nerviosa, hasta la angustia de expresar el fluido, lo que se evapora, lo intangible, lo inexpresable, como son todos los reflejos y todos los estremecimientos y las ondas fugitivas que pasan sobre los espejos y sobre las aguas, sobre los vidrios y sobre los ojos.

Lo mismo que Goncourt, Rodenbach quería que la poesía emanara directamente de la vida, de la intensidad de la vida. No quería verse obligado á ir y buscarla en las antiguas y frías mitologías y en las envejecidas leyendas. Repudiaba como un estigma, toda la hojalatería heroica en la que se encierra to-

davía la imaginación pobre de tantos pobres manufactureros de versos. Solo encontraba la emoción verdadera y la verdadera grandeza poética en los rostros humanos que lo rodeaban, en medio de las cosas familiares que el sabía dotar de una existencia real, íntima, profunda y adorable.

Por esto llegó á ser como Baudelaire y como Verlaine—con un temperamento muy diferente—ese sér raro y precioso á quien llaman un Poeta Moderno.

Por esto Goncourt lo amaba tanto y lo queríamos nosotros con una amistad particular; nosotros que pensamos que una obra de arte—libro de prosa, poema, estatua ó cuadro—no es bella ni conmovedora, ni vive realmente sino bajo la condición de que venga de la vida, de los manantiales de la vida y que permanezca en la vida.

He dicho que Rodenbach amaba la vida. La amaba con inteligencia y con pasión; y gozaba de ella más que ninguno, porque más que ninguno y más profundamente penetraba, con un sentido tan penetrante y tan agudo, los hombres y las cosas en sus bellezas y en sus misterios. Toda su obra, tan extrañamente sugestiva, tan transparente y tan blanca, está formada de esta mezcla de terror y de goce. Goce melancolizado á causa de este terror, terror serenizado á causa de este goce!.....

La «Reina del Silencio,» el «Viaje en los ojos,» «Bruges Muerta,» «El Campanero» y ese reciente y

admirable poema «El Espejo del Cielo Natal,» todos estos libros, están llenos de esta doble impresión que se funde, se esfuma en blancuras vagas y esplendorosas, de un encanto puro, angustioso, infinito.

II

Aunque él evitara hablar de ello, Jorge Rodenbach me ha confesado varias veces su miedo á la muerte. Data de muy atrás, de su primera infancia, cuando se hallaba en el colegio. Con qué rencor tan vivo, que el tiempo no había logrado borrar, pero con qué calor al mismo tiempo, evocaba sus recuerdos de colegio! Qué talento para dar la más insignificante narración, una manera distinguida y apasionada. Fué en Bruges, con los jesuitas.

Cada semana, miércoles me parece, lo llevaban de paseo, no al campo como él hubiera querido, sino á los arrabales que en Bruges, como en todas partes, son tan tristes; tristes, por no ser ya la ciudad y por no ser todavía el campo; tristes, por ser ese paisaje incierto y fúnebre, formado de esas dos inexistencias ó de esas dos agonías. En cada paseo, por una singular elección lo hacían detenerse ante el cementerio.... Era el lugar que habían escogido para animarlo á los juegos y á las recreaciones.... Tumbas grises, negros conos de cipreses, pequeños jardines de piedra, ataúdes traspasando la reja, familias enlutadas y llorosas; su espíritu se impregnaba poco á poco de todas las miserias y de precoces pensamientos de muerte. Su joven alma, salida apenas del limbo, tenía únicamente para afirmarse en la vida ideas macabras.... Así, con qué verdadero espanto veía llegar esos miércoles señalados con cruces negras; prefería á los desoladores espectáculos de afuera, los sombríos patios interiores y las salas de estudio llenas de fastidio y de silencio.

Esta impresión que pesó tanto en sus primeros años, ha persistido siempre en él. De este contacto lejano, pero durable, con lo que él entonces creía el campo, le ha quedado por éste, no odio ni horror tampoco, pero sí una especie de invencible desconfianza. Ante la reja del cementerio de Bruges se ha sentido siempre lleno de malestar; en el campo le invade una angustiosa turbación porque recordaba la muerte!.... Ese silencio, esa soledad, esos caminos que cruzan y van quién sabe dónde, ese vasto cementerio de tantas vidas muertas, que es la tierra seca ó cubierta de yerba, esas siembras tajadas, esos horizontes revueltos, todo esto le era imposible no solamente fijar en ello un pensamiento sereno, sino simplemente soportar la vista. Indudablemente que él, sensible y vibrante á todas las bellezas, comprendía muy bien su enorme poesía; pero le era demasiado pesada y demasiado dolorosa. Se encontraba feliz, se encontraba asimismo en las ciudades entre hombres vivos, en medio de las casas llenas de seres vivos.

Mal haría en maldecir esas impresiones de infancia y ese cementerio, y el agua muerta de los canales y la curva lenta de los cisnes sobre los lagos adormecidos desde hace siglos y siglos, y todas esas cosas donde su ojo de niño débil, delicado y tierno,

aprendió á descifrar el enigma de la vida, porque su talento tan angustioso, y tan dulce, tan evocador y tan intimamente humano viene de ahí!..... y si ha cantado á Bruges, con ese acento único, sus piedras ilustres y sus canales, y sus campanas, y su silencio, y sus sombras humanas, y sus rostros lejanos y todo ese pasado encantador y terrible, es porque Bruges es todavía algo de la muerte, una muerte blanca como los cisnes que duermen sobre el lago de amor, blanca como la toca de las monjas y como el alma de esas mujeres que en las calles muy viejas ve uno en las ventanillas cerradas, tras los transparentes de encajes....

III

Rodenbach fué un hombre muy tierno que vivía únicamente para su familia. Fué también un hombre muy digno, que no vivía sino para su arte. Antes del dinero, antes de la gloria sólo ambicionaba satisfacerse á sí mismo. A nadie he conocido tan celoso de la perfección como á él. Tampoco he conocido á un amigo tan encantador ni tan delicado; era el lazo entre amistades cuidadosamente escogidas, que gustaba reunir alrededor de él. Nos regocijábamos con sus conversaciones como con sus poemas. Había en él un manantial sin cesar brotante de inspiración. Como el adorable Mallarmé, era de los que dan á la vida y á la amistad un precio inestimable.

En las horas de tristeza y desaliento estábamos seguros de encontrar en Rodenbach, como en Mallarmé, un refuerzo y un goce. Nos venía de esos dos espíritus una poderosa emulación y el deseo ardiente de vivir bien y obrar mejor. Sus corazones eran un asilo seguro y una maravillosa hospitalidad, que nunca más encontraremos.

Ay! los hemos perdido! los hemos perdido á los dos! y antes de hablar de ellos, como nuestra ternura, nuestro agradecimiento y nuestra admiración nos hacían un deber, un deber imperioso y dulce, ahora no podemos sino llorarlos.

OCTAVE MIRBEAU.

DE VIAJE.

Puebla.—Caracterizan esta bellísima ciudad, sus magníficos templos católicos (ninguno moderno felizmente), sus innumerables figones, pulquerías, casas de empeño y expendedores de fiambres.

Para no caer en el estilo cursi de algunos críticos de arte, modernísimos; para no blasfemar ni incurrir en admirativas exclamaciones que nada dicen; para no escribir, pretextando arquitectura religiosa y arte, las ineptitudes que mis contemporáneos publican día á día en periódicos muy leídos por la plebe, básteme decir que sólo alguien que posea la erudición, el sentimiento artístico refinadísimo y la prosa arquitectural del autor de «En Route» y «La Cathédrale,» podrá hacer las monografías de los templos católicos de Puebla y Cholula, sin caer en la pedantería ó en la demostrada ignorancia, que caracterizan á nuestros críticos. De los sesenta templos católicos que en Puebla existen

actualmente, sin incluir los de Cholula, hay sin duda diez que pueden clasificarse como maravillas de arquitectura religiosa.

La Catedral, La Compañía, San Francisco, San Agustín, San José y Santo Domingo en Puebla; el convento de franciscanos y la Capilla Real en Cholula, serán siempre monumentos gloriosos de la época en que fueron edificados.

Tanto en los templos citados como en otros (como en casi todos los de la República) no escasean, sin embargo, esculturas en madera, grotescas y ridículas; pero también abundan en los de Puebla, riquezas incalculables de arte, reales obsequios, tapices maravillosos y suntuosas sillerías corales.

¡Cómo, al caer la tarde, el turista que visita la Capilla Real, siente perdida para siempre quizá en la humanidad, el sentimiento religioso, la fe ingenua y profunda que animó á los anónimos constructores de esa serie de bóvedas que tan armónico y majestuoso conjunto ofrecen!

¡Cómo, alejándose de Cholula, en desvencijado tranvía y viendo perfilar la obscura sombra del convento de San Francisco, parece que juntamente, con esa silueta elegante y colosal, que se pierde cerca de las montañas nevadas inmensas, se pierde la raza contemplativa creadora de esos templos, raza grande en sus errores y en sus crímenes, como en su arquitectura; pero creyente y con ideales, que le hicieron nos legara monumentos tan grandiosos!

* * *

Sus aguas minerales, ¡qué riquezas podrían producir á esta ciudad! si estuvieran los establecimientos balnearios mejor atendidos.

Sólo en Rancho Colorado se ven atenciones, comedimiento, aseo y elegancia; sólo allí parece haber simpatías para el visitante.

En las calles comerciales de Puebla, amplias, aseadísimas y en las que abundan almacenes suntuosos, abundan también lechuguinos cursis, más ridículos y fisiognómicamente más cretinos que los de San Francisco y Plateros en México.

Salvo los cuatro ó cinco caballeros á quienes fui recomendado, y cuyas atenciones no olvidaré, sólo me causó buena impresión, socialmente hablando, un jesuita italiano, astrónomo ilustre, de agradable conversación y de majestuosa figura.

Tehuacán.—Desolado y tristísimo como cementerio, en el que las habitaciones humanas semejan sepulcrales monumentos primitivos.

Desolado y polvoso, sin más atractivo que sus largas hileras de fresnos, frondosos y verdes en pleno invierno, y sus bandadas de urracas, que alegran las madrugadas solitarias de viajeros desencantados.

Un amigo de infancia, un compañero de colegio, soñador, médico de la facultad de México, artista, que aquí hace la vida del anacoreta sin más ideales que su ciencia y su hogar, alegra mis cinco días de Tehuacán.

A él debo cinco tardes deliciosas de recuerdos,

de recuerdos de colegio, de esos recuerdos en los que si hay algo amargo, es únicamente la *trompiza*, recibida ó dada. Cinco tardes de recuerdos, en los que el problema del *au-delà* era, naturalmente, el objeto de la conversación, ligado siempre con las leyendas de Tehuacán. . . .

Leyendas relatadas por él, á la hora en que Canopo, más esplendoroso que Sirio, parecía, en el firmamento, querer llegar hasta la altura en que su rival, *alpha* del Can Mayor, brillaba con adamantinos matices.

Fuera de la ciudad, sobre montículo artificial, cerca de la vía del Ferrocarril del Sur, se levanta un templo que llaman «El Calvario,» ruinoso, destruido por el tiempo y los terremotos, y sobre el que aún flota una leyenda sangrienta de fratricidio y de incestos. . . .

Allá, por los primeros años del siglo XVII, un Don Fulano de Tal (ojo á la partícula), grande de España, millonario, marqués ó conde ó duque, enamorado perdidamente de la esposa de su hermano, el mayorazgo, envenenó á éste y cohabitó ó intentó cohabitar con la viuda.

Esta, Teresa Raquín, medioeval, vió surgir é hizo surgir frente al envenenador de su marido, el sangriento fantasma de éste.

El fraticida, presa de los remordimientos ó del *delirium tremens*, ocurrió al Pontífice Máximo; peregrino paupérrimo, artificialmente, acudió en busca de absolución á Roma, y allí le fué prescrito por Su Santidad, que levantara el templo y la serie de capillas que hoy habitan los mochuelos y las hormigas. . . .

En las ruinas de ese templo, vimos surgir también, mi viejo amigo y yo, el problema tremendo del *más allá*, y mientras me contaba cómo un vendedor de maíz (hoy riquísimo) se enriqueció con los tesoros encontrados en una de las capillas ruinosas. . . . (encuentro de tesoros, ligado por supuesto á manifestaciones telepáticas), la luna llena, majestuosa y serena, asomó por el horizonte su disco rojizo que iluminó glúgubremente? aquel recinto digno de ser visitado por modelos de Goya ó del autor de Macbeth.

Una sonata de Beethoven, una visita á la biblioteca de mi amigo, una charla fraternal después de sabroso almuerzo y un adiós á esta ciudad, desolada y triste, polvosa y desierta como cementerio, en la que las habitaciones humanas semejan sepulcrales monumentos primitivos.

IV.

Tulancingo. Triste y glacial noche buena en esta ciudad solitaria, desierta y fría.

La blanca y extensa Villa, que desde el tren, se miraba en el fondo de pintoresco y fértil valle, tiene anchas y limpias calles, bien alineadas; fábricas de tejidos de lana, un monumento anónimo bajo el que reposan los huesos de aquel clérigo bueno y santo, que se llamó García de San Vicente, y una Catedral tosca, pesada y triste.

El clero formado de octogenarios anodinos y de indígenas ignorantones y altivos, está dominado

aquí por un vicario capitular, joven, inteligente, liberal é ilustrado.

El vicario capitular, semeja entre sus canónigos y subalternos, frondosa encina entre cactus espinosos.

La industria y la agricultura son las principales riquezas de Tulancingo, porque faltan capitales y brazos para explotar los grandes y ricos criaderos de manganeso, kaolin y plombagina que existen en los alrededores.

Franco, leales y desinteresados, son sus actuales habitantes; tolerantes también; aunque no lo eran mucho, en el año 1850, época en que un súbito francés (Mr. Desentis), estableció aquí una de las primeras casas de comercio del lugar, y que fué apedreada y saqueada por el populacho, á instiga-

ciones de un predicador católico, sólo porque Mr. Desentis no oía misa.

Dos buenos amigos, músicos y aficionados á comer bien, me hacen grata la semana de permanencia en este lugar; y me presentan algunos tipos de jóvenes blancas, sonrosadas, graciosas é ingenuas-nativas de esta ciudad.

—«Tres días de reposo en México, para seguir la jira por el Sur.»

—Palabras del patrón que paga mi viaje, y al que humildemente dedico estas notas.

ALBERTO LEDUC.

LA TEMPORADA EN TLALPAM.



Fot. de I. de Landa y Escandón.

LA PEÑA PÓBRE.

ZOILO AD PORTAS.

Desde las edades más pretéritas, y sin duda alguna, hasta las más lontananas pósteras, el ejemplo del mentecato Erostrato se ha reproducido y se reproducirá.

La perversión de aquel tacaño ha proficuaado sus florecimientos ictericos de generación en generación, no de otra suerte, que las substancias componentes de las entrañas de Cain han proficuaado tam-

bién de raza en raza los florones de la sangre vertida por los puñales.

Como un ejemplo al que concurren con hermética cohesión todas las relatividades coincidentes en el punto culminante de lo que afirmamos, ha surgido de la nada, en medio de la torva indiferencia del desprecio, el lento y doloroso parto de un gran monte de vanidad que se llama Victoriano Salado Alvarez!

El distinguido grafómano y vergonzante calumniador de poetas, ha crismado al fruto de sus asmáticas elucubraciones en los ocho lustros que lleva de ranear en la tierra, con un título que en manera alguna pueda convenirle: *De mi cosecha*.

¡Cualquiera al leer las tres palabras creería que el autor ha sembrado ideas sanas ó especulado laboriosamente en las bibliotecas!

En su decidido empeño de ser el más infimo hueso de la osamenta del precepto antiguo, ensaya al ludibrio público las grotescas posturas que ensayara un ensoberbecido lechón al pretender competir en gracia y agilidad con el caballo blanco de herraduras de plata.

¿Qué semillas ha arrojado al surco virgen del arte nacional este pavo con plumas de grajo?

¿Puede ser un templario del arte el que pone por encima de él sus pasiones personales sin tener siquiera el valor de hacerlas francamente manifiestas?

¿En asuntos de letras es obra meritoria loar á aquellos de quienes se han aceptado elogios, estableciendo de ese modo el comercio de las palabras serviles como podría establecerse cualquier otra industria de oferta y demanda?

¿En literatura es virtuosa labor adherirse como un perrillo mamón á la decrepita mentula de D. Juan Valera?

Sostenemos que nunca en el ofertorio de la belleza podrá levantarse como humo de litúrgica mirra, el osculamiento que hace este Zoilo sin ingenio en el ombligo de su dilecto compinche el disparatado Narciso, Amado Nervo!

No analizamos con detenimiento el libro porque siempre hemos negado la personalidad literaria de su autor, y no queremos hacer un Cristo de un escarabajo, ni un Espoliarum de un avispero, atormentando así á nuestros lectores, que son inteligentes, con la trivial monografía del que osa llamarse escritor, á pesar de que para serlo demuestra carecer de ideales, de estilo, de originalidad, de léxico, de tendencias, de cultura preparatoria y de percepción estética, pues luego de exprimir cual agrios limones los ovarios de su estéril musa, apenas alcanza á parecerse á un ratero de los clásicos españoles, como tantos que pululan mendigando centavos de reclamo de los que dan vueltas á la noria de la crónica dominical en los periódicos de las prensas rotativas, azotados por el látigo de cualquier gañán de esos que se creen los más poderosos y sabios del mundo, sólo porque al alcance de sus manos se encuentra la partida del presupuesto que Bismarck llamaba el fondo de los reptiles!

No es que nos echemos á temblar entre temerosas santiguaciones ante la agresión del insensato que con los ojos vendados se aventura en pos de gemas

y luminosos carbunclos á la peligrosa gruta de Oriana.

En manera alguna!

Anhelamos el advenimiento de críticos al estadio de las letras mexicanas, lo ansiamos con el fervoroso deseo que imploramos el de la justicia en medio de la afeminación política que deprime las energías de la juventud con sus malos ejemplos, lo deseamos, porque no siendo sietemesinos como los literatillos castizos, nuestros entusiasmos están todavía muy lejos de la desesperanza, pero exigimos, porque tenemos la fuerza del derecho para exigirlo, que los que levanten la voz de la luz en la cátedra artiliteraria, tengan el prestigio artístico que impone respeto á los artistas, y el cerebro que impone admiración á los que no piensan como un terodáctilo!

Victoriano Salado Alvarez, á pesar de no ser una corpulenta encina de ramaje blondo y buena sombra, ha logrado abundante cosecha de bellotas.

¡Salud á todas las piaras del orbe!

LIBROS PROXIMOS.

“**Melancolías y Cóleras,**” de D. Salvador Díaz Mirón.—Damos hoy á nuestros lectores como egregia primicia el *Preliminar*, en facsímil de un autógrafo del poeta.

“**Poemas Breves,**” del mismo autor.

“**Poemas Rústicos,**” de nuestro compañero D. Manuel José Othón.

Un libro de Cuentos, de nuestro compañero D. Rafael Delgado.

“**Los Parientes Ricos.**”—Novela del mismo escritor.

“**Dulcinea.**”—Novela en español y en francés de nuestro compañero D. Jesús Urueta.

“**Lógica,**” de nuestro compañero D. Porfirio Parra.

“**La Revista Moderna,**” publicará artículos especiales sobre estas nuevas obras.